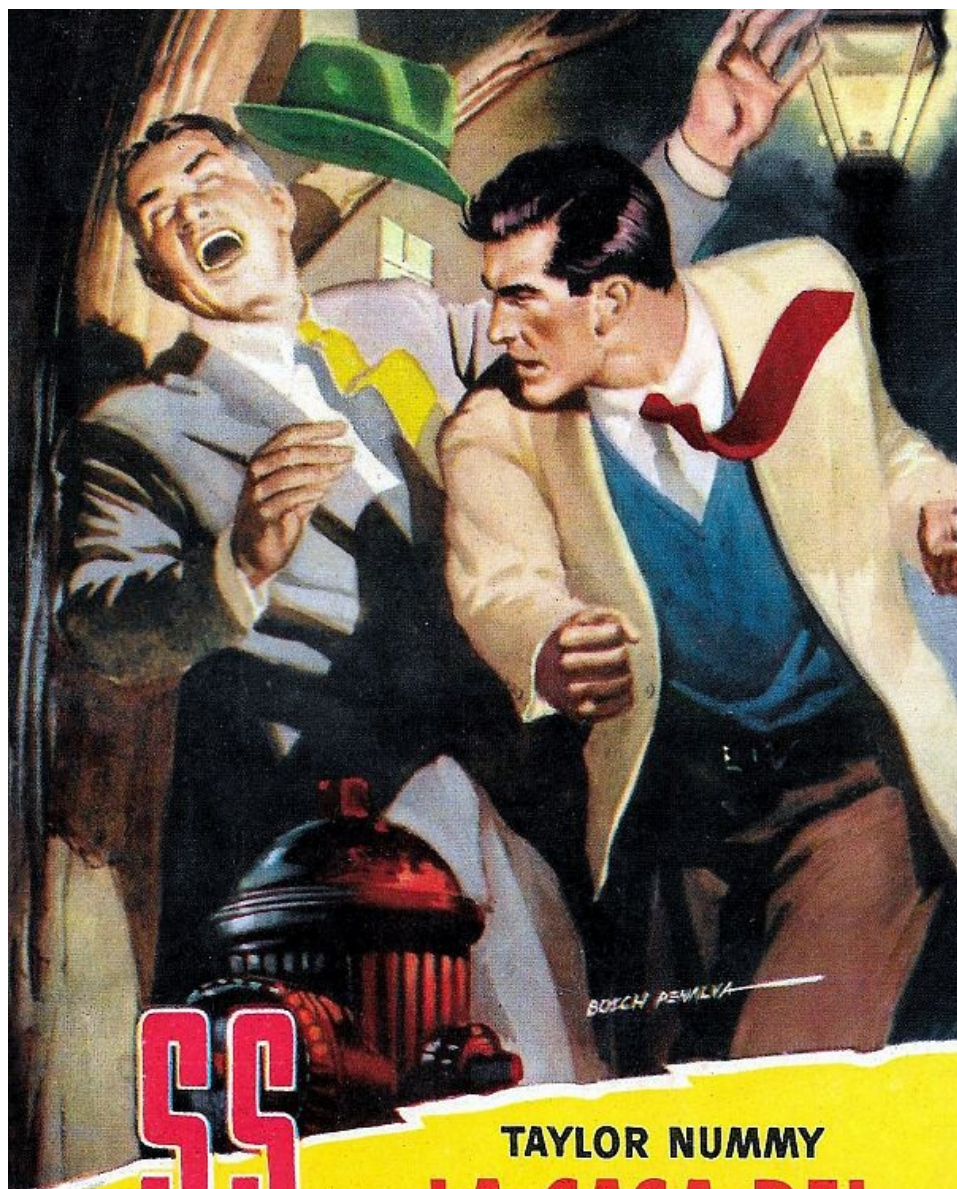




SS

**SERVICIO
SECRETO**

TAYLOR NUMMY

LA CASA DEL SILENCIO

se

El seudónimo preferido del gran Francisco González Ledesma fue el de Silver Kane (bajo el que escribió más de 1000 novelas), pero en realidad el prolífico y genial Ledesma utilizó algún seudónimo más, aunque no son muchos los títulos que salieron de esos otros. Uno de esos seudónimos desconocidos fue el de Taylor Nummy. Con ese nombre escribió una novela en la colección Servicio Secreto («La casa del silencio») y otras tres en la colección Metralla («Operación Ataúd», «Mil años de terror» y «Su última bala»). Acá está «La casa del silencio», y no se puede decir otra cosa que se trata de un Ledesma puro.

En «La casa del silencio» rastreamos la vida de Bruce Steinback, un soldado que trabaja como químico en la guerra de Corea y allí ha inventado la fórmula de un gas letal. Al conocer la importancia del descubrimiento, sus superiores le envían de inmediato a Nueva York para que siga trabajando en él.



Taylor Nummy

La casa del silencio

Bolsilibros: Servicio Secreto - 235

ePub r1.0

jala y xico_weno 20.11.17

Título original: *La casa del silencio*
Taylor Nummy, 1955
Ilustraciones: Antonio Bosch Penalva

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Taylor Nummy

La casa del silencio

1ª edición

Marzo - 1964

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**La CASA
del
SILENCIO**



**por
TAYLOR NUMMY**

CAPÍTULO PRIMERO

NADA MAS QUE SOMBRAS

Trató de recordarlo. Acababa de llegar a Nueva York, aquél era el día más feliz de su vida, el día más apacible y civilizado de toda su aperreada vida...

Abrió los ojos. ¡Diablos, y qué dolor de cabeza sentía, aunque estuviese en Nueva York y aunque se repitiese constantemente a sí mismo que había motivos para estar alegre!

Se llevó las manos a la cabeza, y al hacerlo se dio cuenta de que estaba tumbado en el suelo. Instantáneamente sintió un gusto amargo en la boca, aunque no supo precisar a qué era debido. Había estado bebiendo la noche anterior, quedando, al fin, borracho como una cuba; de eso sí que se acordaba. Pero el sabor que había en su lengua no era, precisamente, el que queda después de una noche de excesos alcohólicos; había también algo más. Y Bruce se dijo que aquel «algo más» era, precisamente, sabor a sangre.

Se pasó el dorso de la derecha por los labios. No se había equivocado; sobre éstos descansaba una espesa capa de sangre coagulada. Y ahora se dio cuenta, con absoluta nitidez y precisión, de que le dolía la nuca y de que tenía la cabeza hinchada.

Lentamente, como si aún estuviera borracho, se incorporó. Todo en la habitación estaba en orden; bueno, el orden relativo en que quedan las, cosas después de beber, durante varias horas con un par de amigos alegres. Pero daba la sensación de que nada había sido registrado. Nada excepto él; sus vestiduras estaban rasgadas, y las hombreras de su americana habían sido deshechas.

Todas estas cosas eran demasiadas para que un hombre como

Bruce Steinback no recobrase instantáneamente el conocimiento. Con movimientos febriles registró sus bolsillos, se palpó. ¡Él, pobre como una rata, había sido robado!

Sus ojos dieron vueltas por la habitación. Estaba en su casa, su vieja y querida casa, hipotecada dos veces. Estaba en su biblioteca, todos cuyos libros tendrían que ser vendidos si aspiraba a pagar sus deudas. Más allá se encontraba el laboratorio, lleno de aparatos de bajo precio, pues los costosos habían tenido que ser vendidos. ¡Y el trabajo que le hubiera permitido rehacer su vida, acababa de terminar ahora desastrosamente!

Fue a uno de los grifos del laboratorio y puso la cabeza bajo el chorro de agua. Esto le despabiló. Luego se miró en un pequeño espejo; le habían golpeado dos veces por lo menos, y tenía rastros de sangre en varios lugares de la cabeza. Tras limpiarse rápidamente y dar a su rostro un aspecto más agradable, miró el reloj. Eran las ocho de la mañana. Oyó en el piso superior el ruido de los pasos de Paola. No tardaría en bajar al laboratorio y en encontrarle de aquel modo, con las ropas deshechas y cara de borracho. Bruce se llevó ambas manos a los ojos y trató de hilvanar todas las ideas.

Le habían destrozado la vida; eso fue lo primero que se le ocurrió, aunque ya lo había pensado muchas veces. Le habían tenido nada menos que cuatro años en Corea, siendo uno de los últimos en salir de la península. Primero lo retuvieron como soldado, luego como químico de una Comisión sanitaria; algo insoportable, porque, entretanto, él había perdido su trabajo y contraído deudas, a fin de mantener en pie su laboratorio. Durante años, había trabajado en la busca de un nuevo antibiótico, y no había querido que los experimentos quedasen muertos a causa de su partida.

Durante cuatro años, Paola los continuó. Paola, la linda y pacífica Paola, que hacía recordar la primavera en los campos de Nueva Inglaterra. Ella continuó y tuvieron que pagar ayudantes, adquirir materiales..., para nada.

Bruce apartó las manos. Tenía los ojos grises, pero dulces. Las adversidades no habían logrado que aquellos ojos se hiciesen duros o crueles. Al fin, tenía veintinueve años; la juventud era lo único que le quedaba, y la iba a perder bien pronto.

Luego recordó sus últimos días en Asia. Recordó cómo, por una trágica ironía del Destino, buscando una nueva forma de inhalaciones curativas, había descubierto en su grupo un espantoso gas. Recordó las palabras del general Hoser.

—Voy a licenciarle, amigo. Voy a enviarle a Nueva York para que pueda trabajar otra vez en sus insecticidas y en sus matarratas. Pero se llevará la fórmula de ese gas y un tubito del mismo, debidamente preparado, que esconderá en una de sus hombreras. Ya me encargaré yo de que no se les moleste en ningún control ni Aduana.

—¿Por qué esa confianza, mi general? Usted sabe que he estado maldiciendo al Ejército durante cuatro años.

Hoser le miró a la cara. Tenía unos ojos azules de niño, pero, pese a esto, estaba considerado como una mala persona.

—¿Qué efectos produce ese gas, amigo?

—Una rápida paralización de las funciones nerviosas. El contenido de un tubito sembraría la muerte en un radio de cincuenta yardas.

—Por consiguiente, transportarlo no será como transportar ginebra. Hace falta que el que el que lo lleve sepa cómo tratarlo, que sea, en pocas palabras, un químico, aunque esté tan aburrido de la vida como lo está usted. Su misión será absolutamente secreta y, además, muy peligrosa. Usted responde con su libertad, quizá con su vida, de que los materiales que le serán confiados lleguen a su destino.

—¿A quién deberé entregarlos?

—A unos agentes del F. B. I, que habrán sido seleccionados previamente. Usted llegará a Nueva York dentro de tres días, empleando uno de nuestros aviones de transporte. Los agentes estarán prevenidos para entonces. En cuanto llegue, deberá encerrarse en su casa, limitándose a telefonar al número que yo le daré con las instrucciones. Los hombres que se presenten darán mi nombre como contraseña, recibirán el material y le entregarán, como recibo, su documento de licencia. ¿Qué le parece todo esto?

—Que la licencia me está costando demasiado trabajo, mi general.

—Más le costará, si no hace todo esto como debe.

Bien, ahora ya estaba en Nueva York, ya había telefoneado al

número que le indicaron, esperaba de un momento a otro la visita de los federales, y, sin embargo, no había hecho bien las cosas..., porque ni el tubo ni la fórmula estaban en su poder.

Forzosamente, pensó, tenían que habérselos robado alguno de los cuatro amigos a los que cometió la debilidad de invitar, festejando así el retorno a la vida civilizada. Pero ninguno de ellos, se dijo, era capaz de un acto así. Tal vez alguien había entrado después, cuando dormía la colosal borrachera, la primera de su vida. Pero ¿quién? ¿Por dónde? Y sobre todo: ¿cómo fue a registrarle precisamente a él, sabiendo ya lo que buscaba?

Bruce Steinback se llevó otra vez las manos a la cabeza. Tenía la sensación de que iba a volverse loco.

Cierto que había cometido una imprudencia explicando a un par de compañeros, en la maldita península coreana, cuál era el alcance de su misión, y cierto que había repetido esa imprudencia hablando un poco más de la cuenta la noche pasada. Pero él no era un espía profesional, al fin y al cabo, y había hablado a personas de absoluta confianza, no haciéndolo en términos demasiado claros. Paola misma, su colaboradora más antigua, no sabía apenas de qué se trataba. Bruce pensó de nuevo que el autor del robo tenía que ser uno de sus cuatro amigos. O los cuatro a la vez, aunque él recordaba haberlos acompañado hasta la puerta... Absurdo. Absurdo todo desde el principio al fin. Pero había sucedido. Y con la licencia debían haberle entregado una recompensa en metálico capaz de permitirle hacer frente a las primeras cargas de su nueva vida. Ahora, cuando los hombres del F. B. I. llegasen..., sería para detenerle.

Trató de hacer una lista de los que podían conocer su secreto, aparte el general Hoser: Pat

O'Carey

y Jim Snachs, en Corea. Fred Sullivan, Carlos Ramírez, Francis Berkel y Diego Montañez, sus amigos de la noche anterior, en Nueva York. Todos buenos chicos, gente fiel... Bruce se dejó caer sobre una silla anonadado, hundido, con la sensación de que acababa de perderse para siempre.

Oyó los pasos de Stephen, en el pasillo. Stephen, su fiel servidor, no cobraba hacía un año, pese a lo cual permanecía aún allí. Bruce pensó en él con dulzura. Pensó también en Paola con una especial

melancolía, aunque ella, la noche anterior, había expresado el deseo de casarse con él, para escuchar la decepcionante respuesta de que siempre la había considerado como una mujer inteligente y una amiga, no como una novia. Era cierto, pensó Bruce ahora, pero no debió haber sido tan sincero. No debió haber dicho aquello aunque fuese mil veces cierto. Paola había tenido que hacer un esfuerzo para disimular su enojo; después de lo buena que había sido con él, tales palabras eran injustas. Tal vez las dijo al pensar que ninguna mujer podía estar seriamente enamorada de él, pero habían sido injustas. Y ahora, en aquella crítica e insostenible situación, Bruce pensó en aquellos dos seres, la joven Paola y el viejo Stephen con una desesperada nostalgia, como si no hubiese de verlos nunca más.

Llamaron bruscamente a la puerta. Eran los federales, pensó inmediatamente Bruce. Y al pensar esto nació en su mente una violenta idea: tenía que huir, huir...

Dirigióse hacia la ventana, saltando por ella. Se trataba de un primer piso y no se hizo daño, aunque la violenta flexión de rodillas le obligó a lanzar un gemido. Dos transeúntes gritaron, y él echó a correr. Se dio cuenta entonces de que había un tipo, seguramente un federal, apostado en la esquina.

Aquel tipo se arrojó sobre él, y Bruce movió el brazo derecho. Luego el izquierdo. El derecho otra vez. Veía la cabeza del hombre bailar ante sus ojos. Lanzó un gancho a la mandíbula y el federal cayó. Cayó rodando como un tronco sobre la calzada húmeda.

Bruce siguió corriendo. Tal vez en la próxima esquina encontraría un taxi. Pero para que el conductor no sospechara, era necesario que no disparasen. Si gastaban una sola cápsula, Nueva York, tan largo y tan ancho, sería para él como una pequeña ratonera.

Y dispararon. Fue un aviso; la bala le rozó solamente la cabeza. Bruce dio un salto, y la idea angustiosa de que estaba perdido se adueñó de él. Vio cómo un gran coche-bomba corría a su izquierda, y vio llamas y humo a unas treinta yardas. Un incendio. Si lograba entrar en la casa siniestrada, y saltar por cualquier ventana, perderían su pista. Era la única posibilidad de salvación, la única, pensó. Dio otro salto, mientras alguien chillaba a su izquierda. Se introdujo en un portal envuelto en llamas. Oyó otro grito, pero vio al mismo tiempo, frente a él, a unas veinte yardas una ventana.

Veinte yardas de terreno peligroso; adelante, mientras pavesas encendidas caían a su paso, podría pasar. Cuatro o cinco saltos afortunados, y luego la libertad para desentrañar aquel misterio. Siguió. Jadeó al faltarle el aire y pensó en Paola, que hacía recordar los campos limpios y frescos de Nueva Inglaterra. Paola, a la que había defraudado. Siguió adelante, con las facciones crispadas. Sus manos trazaron angustiosos círculos en el aire cuando varias planchas de mármol que cubrían las paredes se desplomaron sobre él.

CAPÍTULO II

UNA MUJER TIENE MIEDO

La sirena de algún barco lejano aullaba lentamente hacia el sureste de Manhattan. Caía la noche sobre la orbe y las aguas del Hudson comenzaron a brillar con un débil reflejo plateado. Miles de luces se encendieron repentinamente a lo largo de toda la avenida, reflejándose en los cristales del taxi en el que Margaret Russell viajaba hacia lo desconocido. Después de unos instantes, el vehículo tomó una cerrada curva, cambiando de dirección. Ahora se escucharon varias sirenas que gemían a la vez a lo largo de los muelles; pero su sonido era extrañamente lejano, como perteneciente a la vida de un mundo remoto. Ya no eran visibles las luces de Manhattan. Margaret se tapó los oídos con las palmas de las manos, como buscando una calma que hubiera de nacer del fondo de sí misma.

Estaba muy fatigada. Cuando el coche se detuvo ante la puerta de la casa, apenas lo advirtió. Al apearse miró, con un gesto habitual, su reloj pulsera, regalo de Harriman, el notario, hecho un día en que estaba de buen humor: eran las siete y media de la tarde.

La casa estaba enclavada en un barrio tranquilo, de profesores viejos y negociantes retirados. Era una finca de tres pisos, como todas las demás, rodeada de pequeños jardines. Sólo en una de las ventanas del piso superior había luz. Margaret miró con atención la casa, tratando de observar sus menores detalles. ¿Pero qué le ocurría esta tarde? Aquél era su trabajo, su monótono trabajo de todos los días, sin interés y sin emoción de ninguna clase. Trató de convencerse de ello, ya que se sentía fatigada y no quería pensar.

Pero algo le estaba diciendo que hoy, al encaminarse a aquella casa, iba al encuentro de algo muy importante para su destino. Frunciendo los labios con un gesto de conmiseración hacia sí misma, avanzó en dirección a la puerta.

En la ventana iluminada del tercer piso, alguien comenzó a rasguear un violín, arrancando al instrumento sonidos quejumbrosos e inarmónicos, que crispaban los nervios.

* * *

Dieciocho años atrás, cuando Hotkinson y Barrett, entonces afamados arquitectos, comenzaron la construcción de aquel barrio, su proyecto fue alejarlo del bullicio de Nueva York, entonces más que nunca en pleno auge febril de trabajo y prosperidad. Varios de aquellos hermosos edificios de tres pisos fueron adquiridos para montar en ellos laboratorios de investigación. Otro lo compró un médico de extrañas costumbres llamado Evatt, para instalar una clínica mental. Locos peligrosos de todas clases recibieron tratamiento en aquel edificio, de donde todas las noches partían estremecedores alaridos. A los nueve años de actividad, Evatt fue asesinado por uno de sus pacientes, y se clausuró la clínica. Varios siquiátras pretendieron entonces comprar la casa, pues su desgraciado dueño había adquirido a partir de su muerte un cierto renombre como mártir de la ciencia. Al fin, en el edificio se instaló un joven químico, quien varió muy poco la distribución de las habitaciones. Aún ahora, la casa presentaba un extraño aspecto de mansión hermética, estaba llena de puertas de acero y de ventanas alambradas. Casi nunca se veía luz en las habitaciones. Ésta era la casa ante la que había venido a detenerse Margaret Russell y a la que ahora la muchacha examinaba con tanta atención.

Después de llamar repetidas veces, le abrió la puerta un mayordomo ya viejo, de expresión afable.

—Buenas noches. Soy Margaret Russell, la empleada del notario Harriman. He venido para comenzar el inventario de los bienes del difunto señor... Bruce Steinback...

—La esperábamos, *miss* Russell. Pase, por favor.

Otra vez la misma sensación aturdió por unos segundos a Margaret: «Esto es muy importante. Fíjate, que casa tan extraña.

Nunca habías entrado en un lugar así». Los sonidos del violín, descendiendo desde alguna habitación del tercer piso, flotaban en el aire del inmenso vestíbulo, se pegaban a las paredes, parecían palpar con el aliento de la casa. Margaret abrió y cerró varias veces su bolso, nerviosamente. Caminaba ahora por un largo pasillo, precedida por el mayordomo. A ambos lados había puertas metálicas pintadas de gris. Como final, se abría una gran habitación, en semicírculo, una inmensa biblioteca con sus estanterías repletas. Margaret se sintió empujada al penetrar en ella. Centenares, millares de libros la miraban desde todos los ángulos, dirigiendo hacia ella sus rostros de piel ribeteados con oro. Los sonidos del violín cesaron de repente, produciéndose en toda la casa un angustioso silencio. La muchacha sintióse aliviada al observar la expresión simpática del mayordomo.

—Esto es lo más importante de la casa, *miss* Margaret: la biblioteca de Bruce. Vale muchísimo dinero, aunque pesan sobre ella varios gravámenes a cambio de deudas. Bruce, ¿sabe?, trabajaba habitualmente aquí. Tenía gran cariño a esta habitación. Siempre se había preocupado mucho por sus libros.

«De modo, que aquí es donde vivía el joven Bruce Steinback. Aquí es donde viene a pasear su espíritu después de muerto. Contempla esta enorme biblioteca, Margaret: te espera un fabuloso trabajo. Y Harriman refunfuñará si no lo terminas pronto». La muchacha miraba todos los rincones de la habitación, al pensar en tales cosas. Se volvió hacia el mayordomo.

—El abogado del difunto Bruce Steinback habló con Harriman, el notario. A los efectos legales, conviene hacer inventario de todo lo que hay en esta casa. Es un trabajo urgente. Supongo habrá informado —a usted que tengo permiso para quedarme aquí cuantas horas necesite, incluso durante la noche.

—Por supuesto, *miss* Russell. Puede usted, además, descansar aquí. Le tenemos una habitación preparada en el segundo piso. *Miss* Paola Fulci, la compañera de estudios de Bruce, puede atenderla en cuanto necesite.

Paola Fulci hizo acto de presencia apenas el mayordomo hubo terminado de pronunciar su nombre. Llevaba aún el violín sobre el antebrazo, sosteniendo el arco entre sus dedos. Era una meridional admirablemente hermosa, de cabellos negros, que vestía con gran

sencillez. Sus facciones reflejaban una bondadosa serenidad. Tendió la mano a Margaret, sonriendo.

—Me complace mucho conocerla, *miss Russell*. Espero poder contribuir a que su triste labor se le haga lo más grata posible. ¡Es tan doloroso hacer inventario de los bienes de un muchacho como Bruce!

Dirigió una mirada circular a la gran biblioteca.

—Es posible que me haya oído usted tocar el violín. No forme un mal concepto de mí: ya sé que soy un desastre. Bruce, en sus ratos de descanso, interpretaba piezas maravillosas. Habíamos estudiado juntos durante muchos años: yo, ahora, le ayudaba en sus trabajos. Sabiendo la pasión que los italianos sentimos por la música, incluso había compuesto piezas para mí. Ahora, después de su muerte, este violín sólo produce sonidos inarmónicos; pienso que mi música es como el himno desolado de esta casa.

Contempló durante unos instantes el violín. Al alzar la cabeza trató de sonreír indiferentemente, como si, de improviso, hubiera pensado que a Margaret no podrían interesarle sus palabras.

El mayordomo hizo una leve inclinación, dirigiéndose a la muchacha.

—Me llamo Stephen, *miss Russell*. Llevo muchos años en esta casa y conozco todos sus rincones. Si cree que puedo serle útil...

—Gracias, Stephen. Gracias, *miss Fulci*. Procuraré molestarles lo menos posible. ¿Por dónde creen ustedes más oportuno comenzar el inventario?

El viejo mayordomo trazó con el brazo un gesto amplio.

—Cuando haya usted terminado la biblioteca y el material del laboratorio, tendrá casi todo el trabajo hecho.

Margaret indicó que empezaría por la biblioteca aquella misma noche.

En algún rincón de la casa sonaban las campanadas de un reloj, campanadas lejanas, lejanas, como ahogadas por cien paredes de corcho.

Stephen y Paola Fulci se retiraron, dejándola sola. Margaret se detuvo ahora en el centro de la inmensa habitación, como abrumada por el silencio. Las ventanas del anfiteatro, convertidos en siniestros ojos de la noche, la miraban de frente, de espaldas, desde todos los ángulos, haciéndola sentir una extraña depresión.

Era tarde: había que ponerse a trabajar. De improvviso, los faros de un automóvil se proyectaron sobre la ventana central, deteniéndose allí, como si el coche, del que no era posible oír el ruido del motor, avanzase centímetro a centímetro. La luz pasó a la otra ventana, luego a la otra, cruzando la última con cierta rapidez. Sólo entonces se pudo escuchar, durante varios segundos, el ruido producido por el motor del automóvil.

Pensativamente, Margaret se dirigió hacia la mesa. Colocó un pliego en el carro de la máquina de escribir y tecleó:

*«Inventario de los bienes del difunto Bruce Steinback
Clarintge, químico; en las Fuerzas Armadas, teniente
auxiliar de Infantería de Marina».*

Estas líneas eran nada más que para su buen gobierno durante el trabajo al notario Harriman incumbía ordenar los documentos legales. Continuó:

«Muerto en un incendio el día 7 de octubre de 1954, a los veintinueve años de edad».

Margaret intentó recordar los datos del expediente, que había leído en la oficina. A Bruce Steinback lo habían encontrado muerto muy cerca de aquella casa, entre varios escombros y piezas de mármol. Estaba completamente carbonizado. Al parecer, había intentado atravesar la casa incendiada, huyendo de la policía. Se sentía entristecida. Miró los centenares de libros, que ya no tenían dueño. Sintió la tentación de dar unos pasos por la biblioteca, y luego volvió a sentarse. Estaba fatigada.

La fatiga en sus ojos, en su frente. La fatiga vivía en sus dedos torturados, que se negaban a teclear sobre la máquina. «Tienes que reanimarte, Margaret». Cien pianos lejanísimos parecían interpretar una música extraña en el interior de su cerebro. Una música remota, dulce, llena de somnolencias. «Es la fatiga. —Margaret volvió la cabeza—. Es la fatiga, la fatiga».

Estuvo a punto de lanzar una exclamación. Allí, sobre su cabeza, recortándose claramente en la tercera ventana, se hallaba mirándola

una sombra muy rígida. Estaba quieta, erguida, como formando parte de la noche; la luz lunar la recortaba claramente. Margaret intentó tranquilizarse: podía ser Stephen, podía ser cualquier otra persona que viviese en la casa. Aunque, en el fondo de sí misma, algo le decía que no era Stephen. Mirando de reojo, intentó fingir que leía el papel puesto en la máquina. La sombra desapareció lentamente, pasando una mano sobre el cristal. Margaret tecleó, nerviosa: «Muerto en un incendio, muerto cerca de...». Arrancó el papel, dejándolo sobre la mesa.

Los faros de un automóvil se proyectaron sobre la tercera ventana. Allí el resplandor se mantuvo quieto durante varios segundos. Luego, fue avanzando hacia las otras ventanas, centímetro a centímetro.

CAPÍTULO III

EXTRAÑA SITUACION

Fue a la mañana siguiente cuando Margaret comenzó a tener la sensación de que unos extraños ojos la seguían a todas partes, a través del espacio.

Todo se inició cuando, antes de las nueve, al subir en el ascensor los quince pisos hasta la oficina de Harriman, averióse el pequeño tubo de gas neón que les alumbraba. Quedaron a oscuras unos veinte segundos, hasta elevarse los cinco pisos que faltaban. Solamente por unas ranuras oblongas, junto al techo, penetraron delgados rayos de luz. Margaret, de improviso, tuvo la sensación de que una extraña mirada iba recorriendo sus facciones, poco a poco, deteniéndose a analizarlas con morbosa complacencia. Unos ojos brillaban en el ángulo derecho del ascensor, junta a la puerta, como amenazando a Margaret para que no la atravesase. Su brillo se acentuaba durante fracciones de segundo, al recibir la luz de las ranuras oblongas. Al llegar al piso quince, Margaret salió, sin querer dirigir una mirada al dueño de aquellos ojos.

En el piso veintidós del edificio, la «McLeans Publicity» había inaugurado una exposición de dibujos de tipo publicitario, trabajados por los mejores artistas de Nueva York. Margaret fue a visitarla aquella tarde, pues su rostro había servido para inspirar uno de los modelos. (Ya casi había olvidado aquel boceto que de sus facciones sacara Gladison, el viejo dibujante enamorado de Central Park). La vasta sala de exposiciones permanecía en una deliciosa penumbra, entre la que se disolvían y ahogaban todos los sonidos. Cada diapositiva, iluminada directamente por detrás, lanzaba sus

imágenes de coloreada luz hacia la penumbra de la sala. Los visitantes parecían sombras caminando entre un bosque encantado lleno de luciérnagas.

Otra vez allí la extraña sensación de Margaret: la sensación inquietante de los ojos que taladran. Hay alguien a su espalda, junto a la columna negra. Margaret piensa en sus nervios; los tiene mal hace ya dos a tres semanas: todo esto es solamente excitación. Pero tal vez no; esta mirada tiene dedos que tocan su rostro. Se vuelve; en efecto, una figura alta se encuentra cerca de ella, pero está más allá de la columna negra. Es imposible distinguir sus facciones. Margaret intenta contemplar los dibujos. Allí está ella, en aquella placa. El artista no cambió ni un solo rasgo de sus facciones. ¡Qué lejano le parece esto, ahora, como si todo en ella hubiese envejecido! Margaret se contempla unos instantes y marcha, casi huye, de la sala. En el umbral de la puerta se vuelve, mirando la penumbra que ahoga y disuelve todos los rumores. Las lucecillas tras los dibujos hacen pensar de nuevo en el bosque de luciérnagas. Pero Margaret no ve nada de esto. Sólo advierte la presencia obsesionante de los ojos, los ojos que brillan.

* * *

A las seis, concluido su trabajo, entró en un cinema de actualidades, intentando con ello apaciguar su excitación.

En la pantalla un reportaje cinematográfico sobre operaciones en la córnea. Está visto que hoy no podrá apartar de sí la obsesión de los ojos. Baja los párpados, llevándose la mano a la frente, e intenta pensar en algo muy lejano, en alguna música remota. Alguien se sienta detrás suyo, justamente en la butaca situada a su espalda. Margaret cree sentir la mirada posándose en su nuca, taladrando la piel hasta llegar al secreto de sus nervios. «Qué estúpido es todo lo que pienso. Estoy muy excitada porque esta noche apenas he dormido». Alza los párpados para mirar de nuevo la pantalla.

Un gran ojo se proyecta en ella: un ojo de brillo metálico, enorme, desde cuyo fondo parece mirar una multitud de seres. Margaret se estremece: el ojo va creciendo, creciendo, parece saltar ya de la pantalla. Esta es una película médica. «Tal vez —se le ocurre pensar—, tal vez éste es el ojo de un muerto».

Los dedos de Margaret se crispan. Lo siente tan cerca que si extendiese la mano creería tocarlo. Sale del cinema, mirando la butaca que estaba a su espalda. Durante unos segundos, se clavan en los de ella unos ojos de mirada intensa. Helos aquí: son los mismos. Tienen que ser los mismos. Margaret sube al primer elevado que pasa. Va lleno. La recibe un aliento pastoso de soldados negros, de hombres taciturnos que abandonaron el trabajo.

Ya nadie la sigue. El elevado va cruzando velozmente las calles de Manhattan.

CAPÍTULO IV

MARGARET

La música llenaba la noche, deslizando sus notas entre los árboles del parque. Las hojas vibraban al compás de aquella música, el aire se había detenido absorto entre las acacias y los tilos, produciéndose una extraña quietud, como si ahora en el mundo sólo existiese aquella música y todo el espacio susurrara sus acordes.

Las avenidas estaban sumidas en sombras y el follaje de los árboles se había vuelto negro.

En Central Park, la Filarmónica interpretaba la *Sinfonía Patética* de Tchaikowsky. Como se hallaba muy alejada, la música llegaba hasta allí suave y exquisita, pero triste, muy triste, como la voz de una niña enferma.

¡Entre los árboles fluctuaba la voz quieta, mansa! Margaret Russell la escuchaba al caminar lentamente, dirigiéndose hacia las afueras del Parque. Hablaba ahora en su cerebro un lejano mundo de recuerdos, un mundo que revivía con esta música, extraño y cruel, obsesionándola. Margaret caminaba, caminaba a través del parque, absorta, indecisa, como si su verdadero y auténtico deseo en este momento fuera detenerse junto a cualquier árbol y matar todos aquellos pensamientos que hablaban y gritaban dentro de su cráneo.

Un recuerdo oscilaba como un péndulo, de un lado a otro de su cerebro, dañándola en lo más íntimo de sus nervios. Era un recuerdo muy confuso: su madre, muerta ocho años antes, constituía el tema principal. La veía ahora agonizando en el hospital, tal como la dejó cuando le hicieron abandonar Nueva York

para que no asistiera a su muerte de un modo tan inmediato. La recordaba, tres años antes de esto, casándose en segundas nupcias con Jonathan

O'Carey,

relojero de una calle paralela al río, ya gastado por las inquietudes y con un hijo, Pat, por aquellos días recién salido del correccional de Harwood, donde permaneció des meses. «Tres años —pensaba Margaret—, tres años en la calle paralela al río». Y después el hospital, y la muerte; se llevaron a su madre en un ataúd pintado con los colores del arco iris, para que fuese más alegre. ¡Qué doloroso le parecía todo esto, aún ahora, ocho años más tarde, en esta noche primaveral de Central Park! La vida de Margaret a partir de aquí estaba como prendida en el rótulo gris de

«Harriman & Phill

Harriman», oficina jurídica cercana a Wall Street, donde transcurría diez horas diarias. A veces, durante estos últimos años, se había preguntado, Margaret qué podía esperar de su vida, cuál iba a ser su destino en este inmenso, apretado, a veces desgarrado Nueva York, donde tantos y tantos se empujaban para al fin hallarse ante el vacío. Muchas noches, como esta misma, hubiera deseado pararse en cualquier avenida, bajo la luz, oyendo el trepidar de las calles sin que nadie reparase en ella, y estar así horas y horas, hasta hallar en el fondo de sí misma alguna nueva fuerza.

Pero Margaret caminaba, caminaba, no se detenía nunca.

Harriman, el notario, Pat

O'Carey,

su hermanastro, recién llegado de Corea, intentaban empujarla de un lado a otro, como una pelota de goma.

Esta noche, cuando más fatigada se sentía, Harriman había gritado: «¡Cada día es más urgente acabar el inventario de esa parte de los bienes de Bruce Steinback!». Y Margaret iba ahora a continuar su trabajo después de haberlo interrumpido dos días por orden del mismo Harriman. Ya no recordaba su nerviosismo de aquella tarde, cuando tuvo la sensación de que unos ojos de extraña mirada la seguían a todas partes. Ahora, sólo su fatiga se le hacía patente, Su deseo de evadirse a todos los pensamientos. Así llegó, después de tomar un subway, hasta el río, frente a la antigua mansión de Bruce Steinback.

Paola Fulci manejaba el violín en el piso superior, arrancándole sonidos quejumbrosos. Aquella mujer debía de poseer una gran sensibilidad para la música, pero no era hábil. Bruce Steinback, en cambio, había sido un prodigio manejando el violín, todos lo decían. Margaret, procurando no hablar mucho con el viejo Stephen, pues la fatiga le hacía sentirse apática, se encerró en la biblioteca para proseguir el inventario.

Las ventanas del anfiteatro dejaban penetrar una luz lunar más lívida que la de otras noches.

CAPÍTULO V

APARECE UN HOMBRE

—¡Ah! ¿Es usted, Margaret? Pase. Le presento a Harry Lester.

Un joven elegantemente vestido, de sonrisa franca y agradable, se puso en pie para tenderle la mano.

—Encantado, *miss* Margaret.

Harriman, el notario, aplastó su habano sobre el cenicero y miró fijamente a la muchacha.

—¿Cómo está ese inventario de los bienes del difunto Bruce Steinback?

—Puedo terminarlo esta noche.

—Hágalo sin falta. Confío en que habrá anotado los libros más valiosos de la biblioteca y los documentos más importantes del laboratorio. Quiero que estén bien seguros. Mañana, a las doce, iré allí para levantar el acta de presencia y la próxima semana, el Juzgado comenzará los trámites para abrir la sucesión abintestato. ¿Entendidos?

Margaret, como de costumbre, escuchó sin pestañear el rápido discurso de Harriman.

—No lo olvidaré. Confíe usted en mí.

Harry Lester la miraba, entretanto, con una sonrisa algo compasiva. Era aquélla, no obstante, una sonrisa tan discreta que de ningún modo pudo ofender a Margaret. Ésta comenzó a extender sobre la mesa del notario una larga serie de papeles escritos a máquina.

—Es la lista de los libros. Los más importantes están detallados todo lo posible. Aparte de éstos, hay otros muchos de escaso valor,

que no he anotado. Suman un total de tres mil ochocientos once. Los documentos del laboratorio están en esa otra lista: aún faltan algunos.

Harry Lester la miraba con insistencia.

Margaret, gustosamente, le hubiese dicho: «Créame, míster Lester, ésta no es mi vida. Tengo que violentarme mucho para poder estar diez horas aquí, repitiendo docenas de veces cosas similares a las que acaba de oírme».

Pero calló, naturalmente. Durante unos segundos tuvo sus ojos clavados en la ventana, cuyos cristales hacía estremecer a intervalos el tránsito de la calle. Se oían sonidos de claxon y violentos chirridos de frenos. Harriman recogió los documentos, guardándolos en una de sus carpetas. Entonces contempló a Margaret con expresión plácida.

—Miss Russell, el haberle presentado a Harry Lester no ha sido una ceremonia vana. Harry Lester es un joven abogado de Los Ángeles que desea conocer el tráfico comercial de Nueva York y llegar a dominar la técnica de nuestra moderna oficina jurídica. Durante unos días, usted le guiará. Quiero que le muestre nuestros archivos, nuestros balances y que le ponga en contacto con los abogados más importantes de la organización. ¿Puedo confiar en usted?

Margaret, tras dirigir al joven una mirada furtiva, inclinó la cabeza, asintiendo.

—Por supuesto, míster Harriman.

Harry Lester se levantó, aproximándose a la muchacha.

—Le prometo que tengo un sincero deseo de no serle molesto, miss Russell.

—No lo será usted; estoy segura.

De este modo tan sencillo fue como Margaret conoció a Harry Lester. Cualquier muchacha neoyorquina podía contar cientos de historias semejantes: centenares de jóvenes conocidos un día, simplemente al entrar en una oficina de cualquier barrio de Brooklyn o Manhattan. Pero ella iba a ser su guía durante varias semanas y...

«Mi última noche de trabajo en esta antigua residencia de locos», tal fue el pensamiento de Margaret al entrar en la gran biblioteca llena de silencio. Tres veces reprodujo este pensamiento, como si quisiera convencerse a sí misma. «Mi última noche. Mi última noche entre estos centenares de libros que parecen tener ojos y que me hablan constantemente de la presencia de un muerto».

«Un muerto que no tiene cara», de repente, este pensamiento asaltó el cerebro de Margaret.

En efecto, en toda la casa no había visto un solo retrato de Bruce Steinback, como si éste no hubiera posado nunca ante una cámara, o como si al saber que las llamas habían devorado su rostro, alguna mano amiga —tal vez la de la silenciosa Paola Fulci— hubiese retirado para ocultarlos todos los retratos del joven que jamás volvería a hablarla.

«Un muerto que no tiene cara... —Hasta entonces no se le había ocurrido este pensamiento a Margaret. En mala hora, porque, sin duda, la estaría martirizando toda la noche—. Algún día vendré a visitar a Paola Fulci —meditó— y, entonces, le pediré que me enseñe los retratos de Bruce Steinback».

Sintió que el ver algún día esos retratos constituiría para ella un alivio, como, si en efecto, sólo esto la pudiera convencer de que el desdichado Bruce Steinback, el hombre a quien habían pertenecido esta casa, estos libros y este inmenso silencio, tuvo un día unos labios capaces de sonreír y unos ojos aptos para retener la imagen de esta habitación donde ahora estaba ella, Margaret Russell, la pequeña esclava del notario Harriman.

Arregló un poco sus cabellos rubios con la mano e hizo firme propósito de no pensar en nada fuera de su trabajo. Colocando un pliego de papel, en el carro de la máquina, se puso a teclear monótonamente. Las líneas negras comenzaron a pasar ante sus ojos con rapidez, iguales, rítmicas, casi aturdiéndola.

Stephen entró poco más tarde, siendo portador de una taza de café y una bandejita con pastas que Paola Fulci había comprado para ella. Hablaron durante algunos minutos, esforzándose el viejo sirviente en buscar palabras que pudieran distraerla.

—¿Sabe? —le dijo, al fin, Margaret—. Ustedes han sido muy buenos conmigo. Mi trabajo es algo antipático y siempre entro en las casas con cierto miedo, como a veces supongo que deben entrar

los empleados de pompas fúnebres, siempre tan tristes, tan pegados a la muerte que son como sus reglamentadores oficiales. Cuando entré en esta casa, también me parecía a mí misma un ave negra que por fuerza tenía que ser recibida con hostilidad. Iba a registrar, a desordenar con mis manos indiferentes los objetos de alguien a quien ustedes recordaban con cariño. Pero han sido muy buenos conmigo. Tanto, que hasta me martiriza continuar este trabajo. Algún día, Stephen, un domingo, cuando todos esos viejos papeles de los notarios duermen olvidados, vendré a visitarle para que me lleve a Central Park, a ver ponerse el sol. Luego iremos al Hudson, a contemplar los barcos que suben por el río. Me podrá explicar cosas de Nueva York, tal como era hace veinticinco años. ¿Querrá, Stephen?

El viejo sirviente sólo pudo hacer con la cabeza un leve signo de afirmación. Estaba sinceramente conmovido por las palabras de Margaret. La muchacha terminó de beber su taza de café lentamente, clavando sus ojos en las teclas de la máquina, que se fueron borrando, borrando, hasta parecer una serie de puntitos blancos sobre un inmenso tablero negro.

—Gracias, Stephen. Dígale a Paola que su delicadeza me ha conmovido.

Al quedar sola de nuevo, Margaret continuó trabajando sobre la máquina. Así estuvo largo rato. Nunca supo exactamente el tiempo que había transcurrido desde la salida de Stephen hasta que escuchó aquellos pasos en el corredor contiguo. Quizá media hora; tal vez más, mucho más. Margaret sólo sabía que sus dedos habían estado largo rato moviéndose sobre las teclas. Durante una pausa escuchó aquellas pisadas, y eso fue lo que le hizo prestar repentina atención, interrumpiendo su trabajo.

La puerta de la biblioteca daba a un pasillo; pues bien, por él caminaba alguien, lentamente, como si contemplase al andar los pequeños detalles que adornaban las paredes. Las pisadas —de hombre, sin duda— se detuvieron junto a la puerta y alguien hizo girar el pomo. La hoja de madera se entreabrió casi diez pulgadas, poco a poco, impulsada por la mano del extraño visitante. Margaret comprendió que antes de un segundo aparecería alguien en el umbral, alguien que, a no dudar, tendría relación con la casa, ya que había entrado en ella e iba a mostrarse abiertamente. (Estas

reflexiones atormentaron más tarde durante largas horas el cerebro de la muchacha); por fin, cuando Margaret ya iba a levantarse de su asiento oyó...

Un disparo resonó quedamente a pocas yardas de la biblioteca. Fue una detonación ahogada y breve, gracias, sin duda, al silenciador de que iba provisto el cañón del arma. Pero ese estampido tuvo una larga resonancia, un angustioso eco más allá de los oídos de Margaret.

Una fuerza ciega golpeó su cerebro, pinchando con crueldad en lo más secreto de sus nervios.

La puerta de la biblioteca acababa de cerrarse rápidamente.

Margaret quedó quieta, muda, clavada en el centro de la habitación, como si todas las fuerzas misteriosas del terror pesasen ahora sobre ella.



Debió de transcurrir un minuto. Al fin, armándose de serenidad, entreabrió la puerta, saliendo al pasillo. Nadie. Era de suponer: quien fuese, había tenido tiempo de ocultarse. Aunque, desde luego, el que iba a abrir la puerta no podía haber sido el autor del disparo. Margaret se asombró al comprobar que aún tenía la suficiente serenidad para hacerse estas reflexiones. Fue caminando a lo largo

del pasillo. Un inmenso, un angustioso silencio imperaba en la casa. De pronto se detuvo, atónita, ante la puerta de cristales que comunicaba con el laboratorio.

Una apagada luz lunar entraba en la habitación, de modo que era posible ver confusamente lo que ocurría en ella. A través de los cristales, Margaret divisó dos siluetas: una estaba tendida en el suelo, inmóvil; la otra avanzaba lentamente, entre los armarios llenos de botellas con productos químicos, hacia el hombre que se hallaba derribado sobre el pavimento. Margaret quiso gritar; pero algo que no provenía de ella, una fuerza extraña, brutal, le atenazó la garganta. La silueta se arrodilló junto al caído, como si fuese a examinarle; y, de repente, en el laboratorio escuchóse una queja. Una exclamación cortada, lastimera, como el gemido de un niño. Aquella silueta se incorporó rápidamente, perdiéndose entre las sombras.

Eran las once: un reloj dio las campanadas severas, solemnes, como si hablasen con voz de metal esos espíritus misteriosos que viven en el tiempo.

Margaret no tuvo valor para entrar en el laboratorio. Sintió como si entre ella y aquella puerta se hubiesen interpuesto, de repente, jirones de niebla poblados de fantasmas. El miedo la hizo retroceder unos pasos. Notó a sus espaldas la puerta de la biblioteca. «Este terror es absurdo; necesito saber qué es lo que ha ocurrido». Dilatando sus párpados, con todos los nervios en tensión, caminó hacia el laboratorio, abriendo la puerta bruscamente, sin dar tiempo a que el orden lógico de sus pensamientos la hiciese caer de nuevo entre los tentáculos del miedo.

Stephen. Stephen se hallaba de bruces en el suelo, con los brazos extendidos hacia los pies de una mesa. Sólo un diminuto hilillo de sangre se extendía por debajo de su rostro. Margaret no se acercó a él; ni siquiera debió de mirarle más allá de dos segundos. Sin darse cuenta, encontróse de nuevo en el pasillo, después de haber cerrado la puerta del laboratorio. A pasos muy lentos, como si temiera que al correr fuese a romperse el equilibrio de sus nervios, salió al vestíbulo, donde comenzaba la gran escalinata que conducía a los pisos superiores.

Fue allí donde escuchó nuevamente el sonido del violín. Paola Fulci, que no debía de haber oído el disparo, interpretaba la

melodía de siempre, aquella melodía lastimera, angustiada, cargada de una solemne tristeza. Pero interpretaba peor que nunca. Las cuerdas, martirizadas, daban sonidos ronc y desacordes. Margaret jamás hubiese imaginado que en aquella casa la voz solitaria de un violín pudiese llegar a adquirir relieves tan sobrecogedores y siniestros. No pensó siquiera que era Paola la que interpretaba y que, por tanto, sólo con gritar, la joven habría bajado en su ayuda. No; era el violín solo, el que hablaba por sí mismo, el violín resonando como una voz amarga en todas las habitaciones de la casa, sin que nadie lo hubiese tocado, moviéndose sus cuerdas a impulsos de alguna fuerza ultrahumana. El violín, suspendido en el aire, que lanzaba su voz a través de las tinieblas. Margaret se sintió de nuevo llevada por el terror: la música, como un alfiler, pinchaba en lo más recóndito de sus oídos. Corrió por las habitaciones sin advertir lo que hacía, llevada por la fuerza irresistible del miedo, que estaba pegado a su espalda como una ventosa movediza y fría. De repente, vio ante sus ojos la puerta de una habitación que en años anteriores había servido para guardarropa. Ahora estaba desocupada: era muy pequeña, más pequeña que un armario. Margaret se introdujo en ella con un suspiro de alivio, como si allí, en aquella estrechez, hubiese de estar más protegida que en ningún otro sitio contra las fuerzas invisibles que habían ido en su busca a través de todas las habitaciones de la casa. Pero al cerrar la puerta una nube fría cruzó por sus ojos, haciéndola sentir un estremecimiento que la conmovió de un extremo a otro de sus nervios.

Alguien más estaba allí. Un hombre, un hombre cuyo contacto notaba Margaret con la espalda. La voz subió y bajó a través de su garganta, sin que Margaret lograra chillar. Un nudo angustioso quedó estacionado allí, impidiéndole emitir cualquier sonido. La muchacha se volvió lentamente; el espacio era tan estrecho que para ello tuvo que apretarse de costado sobre el desconocido. Para hacer esto era necesario menos valor que para salir huyendo: no hay terror más obsesionante que el que tenemos a nuestra espalda. Nada vio; el rostro del hombre estaba a dos centímetros del suyo, advertía el ritmo de su respiración y el limpio olor de su aliento. Seguramente, Margaret no pensó nada durante segundos; de haberlo hecho no habría podido resistir el miedo. De pronto, unos

labios, los labios del desconocido, se posaron en su mejilla, casi sin rozarla. El espacio era tan pequeño, que si Margaret hubiese tenido la bastante serenidad para retirar la cabeza, habría tropezado con la puerta. Únicamente se ladeó unos milímetros, sobresaltada. Entonces sus labios coincidieron con los del hombre. Fue una décima de segundo. Un chispazo, un relámpago lejano. Algo tan breve que Margaret, a no haber estado tan excitada, apenas hubiera tenido tiempo para darse cuenta de ello. Pero en este momento sus nervios vivían la intensidad de toda una vida. Sintió cómo aquellos labios estaban apretados a los suyos, cómo vivían, cómo latían con los suyos. Y aquella décima de segundo irrepetible, pasó. El desconocido había apartado su cabeza. Al hacerlo, rozó con el techo de la diminuta habitación; sin duda, tenía justamente la altura de ésta. Quizá estaba tan sobresaltado como Margaret. Quién sabe lo que sentía aquel hombre, quién era, qué pensaba. Pero el terror volvía ya a regir los movimientos de la joven. Abrió la puerta, corrió, corrió como una loca, con los brazos extendidos, tropezando, sin ver, sin oír, sólo corriendo, corriendo, sin pensar a dónde iba. Subió las escaleras de tres en tres, hasta el dormitorio de Paola. El violín había enmudecido. La joven estaba sentada en el lecho, leyendo. Margaret la miró, sujetándola por los hombros. Quiso hablar; nuevamente la voz subió y bajó a través de su garganta. El nudo transformóse en un pinchazo. Emitió un sonido ronco, apretando aún más los hombros de Paola. Entonces las lágrimas fluyeron a sus ojos y se puso a llorar mansamente sobre el regazo de la joven.

CAPÍTULO VI

¿QUE HAY TRAS EL SILENCIO?

Las sirenas seguían ululando, río arriba, más allá de Port Morris, difuminando su sonido entre la niebla.

Las aguas del East River bajaban quietas, grises, y había en el ambiente una gran tristeza.

A intervalos, según la dirección del viento, llegaba el rumor humano de los barrios del Bronx, que se divisaban como una masa gris recortándose en la lejanía.

Margaret, sentada en el banco de un parquecillo, sola, con los rubios cabellos al viento, escuchaba el ulular de las sirenas, mirando fijamente las aguas del río.

Eran las cinco de la tarde; solamente unas pocas horas habían transcurrido desde que Margaret viviera aquellos extraños sucesos en la antigua mansión del difunto Bruce Steinback y todavía sus nervios estaban como crispados, aguardando la menor emoción para provocar una crisis. No obstante, la tristeza de la tarde, el sosegado rumor de las aguas del río, la sensación de lejanía y de paz que rodeaba a aquel lugar, habían penetrado poco a poco en ella, infundiéndole una nueva serenidad. Aún tardaría en anochecer: muy abajo, siguiendo la línea del East River, entre Manhattan y Asteria, se movían pequeños yates particulares y algunos remolcadores que iban a guarecerse a los muelles del interior. Margaret hubiera deseado quedarse allí hasta la hora del crepúsculo, para ver brillar ese número infinito de luces que convierten a los rascacielos en enormes dedos de púrpura. Nunca como ahora le hubiese consolado tanto esa sensación de lejanía y de

abandono. Pero, desgraciadamente, aún debía introducirse de nuevo en el campo —de la tragedia para cumplir un terrible requisito: hacia las seis era aguardada en la Morgue, a fin de reconocer el cadáver de Stephen. Paola lo había reconocido por la mañana y, desde aquel momento, no había vuelto a salir de su cuarto, que tenía cerrado con llave. Margaret hubiese deseado hablarle, consolándola, pero se veía a sí misma incapaz de hacerlo. Desde primera hora de la mañana, los hombres del Departamento de Investigación habían tomado por asalto el edificio, revolviéndolo todo en busca de datos que les ayudasen a resolver el crimen. Hubiera sido horrible, pensó Margaret, tener que quedarse allí, observando las maquinaciones y los registros de todos aquellos hombres. Por fortuna, hoy podía disfrutar de libertad; era domingo y había venido sola hasta este parque— cilio, intentando no recordar los acontecimientos que pocas horas antes había vivido.

Escuchó, de repente, el frenazo de un coche que se detenía a su espalda. Al volverse, vio a Harry Lester, que descendía de un «Cadillac» último modelo. Iba elegantemente vestido y estaba algo pálido; Margaret, al verle, tuvo la repentina sensación de que el joven estaba sufriendo una gran tristeza. Pero quizá fuese sólo una apreciación suya, ya que en estos momentos todo le parecía triste y lúgubre. Harry se aproximó a ella y le tendió la mano, apretando la suya fuertemente.

—Imaginaba encontrarla aquí, Margaret; me dijo usted, ayer, que le gustaba este sitio.

—¿Por qué ha venido a verme, Harry?

—He venido a buscarla. Recuerde que hacia las seis tiene que estar en la Morgue. Pensé que en un sitio así, usted se sentiría mejor estando acompañada.

Margaret miró al suelo, desconsolada, como si estas palabras del joven le hubiesen traído la evidencia de la misión que aún tenía que cumplir.

—Gracias, Harry. Ha sido usted muy amable.

Subieron al coche. Harry condujo lentamente, al observar que ella miraba, abstraída, las orillas del río. Poco después, cruzaron el puente y entraron en Manhattan. Apenas cambiaron unas pocas palabras. La ciudad comenzaba a bullir en una vorágine de luces. Centenares de hombres y mujeres discurrían por las anchas aceras,

bajo el gris de los rascacielos, cuyas ventanas se iban iluminando una tras otra, aun cuando el sol se reflejaba todavía en sus cúpulas metálicas. Allí arriba, a trescientos metros de altura, los grandes millonarios con despacho en Wall Street, tenían instalados sus invernaderos para flores raras y sus terrazas para baile. En la calle se marcaban ya grandes sombras; el sol no podía penetrar hasta el fondo de aquel laberinto formado por los edificios gigantes. Margaret se sintió por unos momentos perdida en la gran ciudad y tuvo deseos de llorar; ahora sí que agradecía la compañía de Harry Lester. Éste, mientras conducía, le apretó la mano como para darle ánimos. Doblaron por unas calles más estrechas y, al fin, Harry detuvo el coche ante la Morgue.

Descendieron por unas escaleras y luego bajaron por la rampa que conducía al depósito. Pocas veces había sentido Margaret tanta depresión como en el momento en que vio las largas filas de mesas ocupadas por los rígidos cadáveres. Ya les aguardaban, Berkel, inspector encargado del caso, y Simmons, fiscal del distrito. El detective, sin más preámbulos, condujo a la muchacha a una de las mesas y alzó la sábana que cubría el rostro de Stephen.

—¿Reconoce usted en este hombre a Stephen Claydon, que prestaba sus servicios en la casa donde usted estuvo trabajando últimamente?

Margaret intentó contestar con naturalidad.

—Ignoro si se llamaba Claydon, no conocía su apellido. Desde luego, es el mismo que prestaba sus servicios en la casa y al que todos llamábamos Stephen.

—¿Es este cadáver el que usted descubrió ayer hacia las once de la noche, en el laboratorio del también difunto Bruce Steinback?

—Es este mismo.

El inspector cubrió con la sábana el rostro del cadáver.

—Nada más. Disculpe que la hayamos molestado; se trataba de un requisito indispensable.

—Ya lo comprendo. Perdóneme.

Margaret, como si de repente hubiese perdido todas sus fuerzas, se apoyó en la pared, contemplando, obsesionada, la larga hilera de mesas, cada una con su fúnebre ocupante. Un vapor espeso comenzó a llenar sus ojos, ascendió hasta su cráneo, consternándola. No podía estar un minuto más allí: dirigió sus ojos

hacia Harry, para que éste la condujera a la salida. Pero Harry estaba quieto, rígido, a dos metros de Stephen, y había en su mirada una luz tan sombría que la muchacha casi se sintió estremecer. Ahora se daba cuenta de la dureza con que aquellos ojos eran capaces de mostrarse. Harry avanzó unos pasos y descubrió el rostro de Stephen, contemplándolo durante varios segundos. Sus labios se fruncieron con una mueca amarga; pero fue casi imperceptible. Inmediatamente, cubrió el rostro del cadáver y miró a la joven con aquella expresión tranquila, con aquellos ojos serenos con que la había contemplado hasta aquel momento.

Salieron de la Morgue.

Mil sombras habían caído sobre la ciudad y las calles que rodeaban el lúgubre edificio estaban envueltas en una quieta penumbra. Subieron al automóvil, sin encender las luces, y Harry condujo de nuevo con la máxima lentitud. Margaret se sentía aliviada así, deslizándose poco a poco por las calles, como una sombra más entre las que iban cayendo desde el cielo. Harry no hablaba. De pronto, ella le preguntó:

—¿Conocía a ese hombre? Me ha parecido que lo contemplaba con mucha atención.

Él, sin mirarla, hizo un signo negativo.

—No, no le conocía, Margaret; pero confieso que me ha conmovido un poco. Aun después de muerto, su rostro traslucía una gran bondad. Debió de ser una persona muy agradable. Quien le asesinó merece la silla eléctrica.

Salieron a una calle más ancha, inundada de luz. Harry volvió ligeramente el rostro, contemplando a Margaret, que estaba abstraída mirando frente a sí.

—Disculpe, Margaret, mi última frase. No sé por qué he hablado de la silla eléctrica; a veces no mido bien mis palabras. Temo haberle parecido desagradable.

—No tiene importancia, Harry. Quisiera no pensar en todo esto.

De improviso, contempló el automóvil, como si hasta este momento no hubiese advertido que era uno de los modelos más lujosos que se exhibían en Nueva York.

—¿Es suyo, Harry? ¡Este automóvil cuesta muchísimo dinero!

Margaret, acostumbrada a medir las cosas según su sueldo de nueve dólares diarios, había hablado con una gran espontaneidad.

—Sí, Margaret, es mío. Lo traje desde San Francisco.

—¡Oh!

Algo obsesionaba a Margaret. Después de esta exclamación olvidó por completo la magnificencia del automóvil. Sus ojos volvieron a posarse, estáticos, en un punto indefinible de la carretera.

—¡Dios mío, Harry, qué horrible ha sido todo!

Él asintió, sin mirarla.

—Más vale que se reanime, Margaret. Tomaremos algo en el «Club Marcus». Es un lugar muy discreto y usted se sentirá más confortada.

Ante el silencio de la muchacha, Harry detuvo el coche frente a una puerta enmarcada de azul por un triple juego de tubos luminosos. Un conserje les franqueó la entrada; no debía de conocer a Harry, porque apenas le miró. Penetraron en el club y él eligió una mesa apartada, junto al tabique. En la sala sólo había en aquel momento cuatro o cinco parejas. Harry encendió un cigarrillo, después de ofrecer a Margaret la pitillera, que fue rechazada.

—Antes, cuando era joven, venía mucho aquí. La vida era difícil en Nueva York: los camareros sabían que yo sólo llevaba cuarenta o cincuenta centavos en el bolsillo, y siempre me daban la peor mesa. A veces, cuando estaba sin trabajo, venía solamente a hablar con Guss, el barman, que era amigo mío. Me gustaba este sitio. Ahora ya nadie se acuerda de mí.

—¿Hace mucho tiempo de esto, Harry?

—¡Oh, sí! Hay una muralla de años entre nosotros y todo aquello.

Su mirada vagó, lenta, por todos los rincones de la sala.

—Esos recuerdos me parecen imágenes de un mundo distinto. Todo ha cambiado mucho desde entonces.

—Ha dicho «cuando era joven». ¿Por qué habla así, Harry? ¿Es usted viejo?

—La vejez es algo relativo, Margaret. A veces, y esta noche más que nunca, creo que sí, que soy infinitamente viejo.

—No debe usted tener más allá de treinta años, Harry. Me molesta oírle hablar así. Pero lo Hace porque algo le obsesiona, ¿no es cierto?

—No me interprete mal. He querido decir solamente que era una

época muy distinta. Que todo ha cambiado mucho para mí.

Margaret suspiró.

—Antes de estas últimas guerras, yo era todavía casi una niña. Llevaba dos largas trenzas rubias y los muchachos me tiraban de ellas por la calle. Eran dos trenzas muy hermosas; mi madre me había enseñado a peinarlas con todo cuidado. Un día, un grandullón de Brooklyn me llevó a los muelles y me las cortó con unas tijeras porque no quise besarle. Desde entonces, llevo el cabello corto. También a mí me parece todo muy lejano y muy distinto.

Se interrumpió, mientras el camarero les servía champaña. Margaret sólo permitió que le llenasen media copa. Alzándola, miró el dorado líquido con una dulce expresión de lejanía.

—Luego comencé a trabajar con Harriman. Harriman es una máquina fabricada en los talleres «Ford», con auténtico acero sueco. Algunos días son agotadores. Yo también he envejecido: ahora comprendo lo que quiso decir. Cuando aquel bruto de Brooklyn me cortó las trenzas en el muelle, yo era joven. Ahora no se hubiese atrevido a tocarme: le habría infundido respeto o le habría causado aburrimiento. ¡Qué extraña sensación! Yo, Margaret Russell, infundiendo respeto o aburrimiento. Incluso viene usted y Harriman me designa para que le enseñe la marcha de la oficina. Y usted me invita a un Club discreto, me pide perdón por sus palabras y sólo me mira poniendo en sus ojos una gran deferencia, para no molestarme. ¡Quién sabe lo que estará pensando de mí! Conozco a una mujer que cada noche, antes de ir a su trabajo, toma una taza de café y escucha una música que debe, recordarle algo. Muchas veces he imaginado que yo también, dentro de unos años, beberé una taza de café o una copa de champaña. Y tal vez lo haga escuchando esta música, la que oímos ahora, este domingo, en el «Club Marcus», a las siete de la tarde. No sé por qué le cuento esto, Harry. Desde que he visto el cadáver de Stephen, tengo deseos de hablar con alguien. Dentro de unas semanas, usted no recordará esta conversación; y tal vez yo tampoco. Nos habremos encontrado, simplemente, a través de este momento. Bebamos.

Brindaron en silencio, chocando levemente sus copas. Harry, entre las volutas de humo, la miraba con extraordinaria fijeza.

Margaret Se reclinó en la pared, cansada. Unos hermosos rizos rubios cayeron sobre su frente. Harry los apartó con suavidad.

Luego su mano derecha comenzó a acariciar lenta, muy lentamente, los cabellos de Margaret.

* * *

La música de «jazz» hacía trepidar las paredes de la hermosa finca, esparciéndose en la noche. Las sombras de los intérpretes se recortaban en los tabiques, convulsos, siguiendo con sus movimientos el ritmo del sonido que creaban sus trompetas. Formaban una curiosa estampa, sudorosos, con las corbatas desanudadas, los cabellos sobre la frente, pisando docenas de cigarrillos a medio consumir y, no obstante, con aquella expresión de alegría en sus ojos y en su rostro, Harry Lester les estuvo contemplando durante unos minutos hasta que Oswald, el director del conjunto, se volvió hacia él, tendiéndole la mano.

—Estamos ensayando nuevas piezas. Si esto gusta, vamos a ganar muchísimo dinero. Es un baile nuevo, ¿sabes? Los danzarines se besan en la barbilla, bajo el labio inferior, a mitad de la pieza. Algo muy divertido, sobre todo si se equivocan. He convencido a Beni Guss para que lo presente en Kensington. Puede ser la sensación del año. ¿Te das cuenta?

Harry le pasó un brazo por los hombros, amigablemente.

—Veo que lleváis muchas horas ensayando; no quiero molestarte. En el garaje tienes tu automóvil. Me ha prestado un gran servicio.

Oswald alzó el brazo, indicando a los músicos que pusieran atención. Antes de que Harry saliera, se volvió hacia él.

—No me has dicho si todo ha ido bien.

—Todo bien, Oswald. Mañana volveré por aquí.

Harry Lester salió a la calle; atravesó en diagonal Prospect Parck, con las manos en los bolsillos, pensativo. Hacía una espléndida noche de primavera; con gusto hubiera atravesado todo Brooklyn. Las calles estaban llenas de música, de voces, de trepidar de vehículos que pasaban rozando, entre imprecaciones en todos los idiomas del globo. Hoy Harry Lester tenía ganas de andar y de sentirse fundido con la multitud de Brooklyn. Pero de pronto se detuvo.

Había oído la señal para el paso de peatones. Iba a cruzar. De

improviso, un automóvil negro frenó ante la luz roja, a medio metro de Harry. Al volante iba un hombre de cabellos castaños, cuidadosamente peinados de ojos penetrantes y nariz aguileña. Harry tuvo un sobresalto.

El hombre del automóvil negro era el doctor Berkel, el siquiatra más famoso de los Estados Unidos, el médico que con una sola mirada diagnosticaba a los locos. «Si vuelvo la cabeza me verá» — pensó Harry—. «Si cruzo a la otra acera también. He de hacer algo». Intentando aparentar naturalidad, volvió la espalda, sacando un cigarrillo de la pitillera. Todos sus nervios estaban en tensión. Oyó la señal que presentaba luz verde a los vehículos. El coche negro, medio metro detrás suyo, arrancó suavemente. Entonces Harry se volvió; ni siquiera había logrado encender el cigarrillo.

Ya no tenía ganas de andar. Se hundió en la boca del ferrocarril subterráneo, mezclándose a la multitud, como si huyese.

* * *

El padrastro de Margaret estaba en la trastienda, arreglando un reloj, con sus ojos fatigados. La luz caía perpendicular sobre su rostro, cada día más flaco. Tenía un recado para la muchacha.

—Harrison ha llamado, hija mía. Lo menos tres veces. Dice que te interesa mucho.

—Gracias. Le telefonearé enseguida.

La joven marcó el número del despacho particular de Harriman. Al instante le respondió la voz de éste. Sin duda, estaba aguardando su llamada.

—Estoy cansado de telefonearla, *miss* Margaret. En lo sucesivo, no me ocuparé más de sus asuntos. Debo comunicarle que el fiscal del distrito me ha pedido informes sobre usted. Ese crimen la ha colocado en una situación muy fea. Como es natural, mis palabras han servido para ensalzarla y ponerla lejos de toda sospecha. Pero se lo advierto para que venga preparada; es fácil que mañana quieran interrogarla de nuevo. Y, aun cuando uno sea inocente, siempre es mejor tener las respuestas a punto. ¿Comprende, Margaret?

Ella, con un hilo de voz, afirmó que sí, que comprendía. Colgó el teléfono, abrumada. Un zumbido le recorría las sienes. En el

pequeño comedor se senté, teniendo ante sí los periódicos de la noche.

* * *

Tenía ganas de llorar. En la casa no se oía más que el acompasado marchar de los relojes que su padraastro había arreglado últimamente, con sus pobres ojos de animal sufrido. El tic-tac, tic-tac

entraba cómo un aldabonazo en el cerebro de Margaret. Se levantó. ¡Qué extraño que los periódicos estuviesen allí! Pat solía llevárselos a su habitación cada noche.

Lentamente, como una sombra, los cogió dirigiéndose luego al cuarto de Pat. Después de llamar, entró; su hermanastro estaba tendido en el lecho, con los cabellos desordenados, rodeado de punías de cigarrillo que había lanzado sobre la colcha. Trató de sonreír al ver entrar a Margaret. Ésta le tendió los periódicos.

—Te los dejaste olvidados ahí fuera, Pat.

—¿Olvidados? No, gracias, Margaret, los he leído ya.

La muchacha hizo un mohín de incredulidad, pues jamás Pat había demostrado interés por leer los periódicos tan pronto. Pero ya que él no los quería, los dobló, guardándolos bajo el brazo. Sus ojos rodaron por la habitación, desordenada, llena de prendas de vestir por todas partes; sorprendidos, se detuvieron en la pistolera de costado, que Pat llevaba con frecuencia. La vio colgada de la percha, junto a la americana; y ahora la funda estaba vacía.

A pesar de verlo con tanta frecuencia, Margaret no se había acostumbrado aún a aquel artefacto.

—¿Y la pistola, Pat? No la tienes ahí.

El interpelado se encogió de hombros, mirando distraídamente hacia la funda.

—¿La pistola? ¡Ah, sí! La he echado al río. Supongo que te alegrarás. Era un viejo trasto inútil.

Margaret, al principio, no comprendió.

—¿La has echado al río?

—Sí, al Harlem. No tiene nada de raro. Conozco varias personas que hicieron eso mismo hace tiempo al no tenerla, mediré más mis

propios actos.

Se levantó y fue hacia Margaret.

—¿Sabes? Me gustaría empezar a hacer algo serio, por ejemplo en un negocio de coches. Hoy he leído en una estadística que durante las épocas de prosperidad la gente prefiere los automóviles de colores claros, mientras que en las épocas de crisis los prefiere granates, azules o negros. La gente es muy rara. Pero si quiero ganar dinero, deberé tener en cuenta todas esas cosas. Traje algún dinero de Corea, y puedo arriesgarlo.

Margaret con gusto hubiese chillado: «¡Hasta ahora, tus negocios no han sido más que una tapadera inmundal!». Pero calló. Tal vez era injusta incluso admitiéndolo en pensamiento. Pat había lanzado su pistola al río y ése era su primer buen síntoma. Con una extraña expresión, como deseando agradecérselo, le besó en ambas mejillas.

—Adiós, Pat. Hasta mañana.

Él la vio salir, con una mueca de sorpresa en su rostro. Luego, se llevó la mano a la barbilla, con un gesto cansado y aburrido. Fue a encender un nuevo cigarrillo, pero no le quedaba ya ninguno. Arrugó el paquete y lo lanzó bajo la cama.

CAPÍTULO VII

¿POR QUE?

El sueño, un sueño pesado, monótono, macizo, llenaba la cabeza de la joven.

Como un espectro tomó el elevado. Como un espectro entró en el edificio, dirigiéndose maquinalmente hacia el ascensor, hasta llegar a la oficina de Harriman.

Una niebla espesa y húmeda había caído sobre Nueva York, matizando las calles con un tono triste. Margaret se sentía deprimida y sin ganas de trabajar. Aquella mañana, por fortuna, Harriman no hizo acto de presencia. Poco antes de las doce, un hombrecillo llamado Brandon, ayudante del fiscal, fue introducido en el despacho. Era portador de varios pliegos de papel escritos a máquina.

—Ésta es la declaración provisional que hizo usted anteayer ante el fiscal del distrito. Léala, y si no tiene nada que añadir o no recuerda ningún otro detalle, haga el favor de firmarla.

Margaret había supuesto que se la citaría para un interrogatorio en forma, si no ahora, al día siguiente. Aquel pliego contenía nada más las breves declaraciones que formuló ante el fiscal la misma noche del crimen. Sólo tuvo que emplear unos minutos en repasarlo. Luego le tendió las hojas a Brandon, algo turbada, mirando hacia otro sitio.

—No recuerdo ningún otro detalle. Gracias. Esto es todo cuanto sé.

—De modo que oyó un disparo, fue hasta el laboratorio y allí pudo ver la figura de un hombre que se inclinaba sobre el cadáver,

¿no es cierto?

—Eso es.

—Tardó un par de minutos en decidirse a entrar. Cuando lo hizo, el hombre había desaparecido.

—Exacto.

—¿Nada más?

—Nada más.

Brandon hacía todas aquellas preguntas con un tono de gran indiferencia.

—Dígame. —Margaret se había sentido, de improvviso, más alentada— ¿qué opinan ustedes de ese crimen?

—¡Oh, por Dios! Es el caso típico de robo frustrado. Uno de los armarios presentaba señales de violencia. El asesino se vio sorprendido por ese pobre Stephen Claydon, disparó y en paz.

—¿Con qué disparó? Quiero decir si no lo mantienen en secreto...

—Mañana publicarán ese detalle los periódicos. Hicieron fuego con una «German Luger». Desgraciadamente, hay mucha gente que las posee.

Sin duda, todo aquello inspiraba a Brandon un desmedido aburrimiento. Guardando los papeles en una cartera, sin mirar siquiera a Margaret, se dirigió hacia la puerta.

—Bien. Perdona esta molestia, *miss* Russell. Si ocurre algo nuevo, la llamaremos.

Margaret, al quedar sola, tuvo que cerrar los ojos, apoyándose en el breve respaldo de su silla. Ahora daría su sueldo de dos meses por saber de qué marca era la pistola de Pat. Un pensamiento vino a su cerebro y ella inmediatamente lo acogió, esperanzada: «Pat ha arrojado su pistola al río porque no quiere meterse en nuevos líos, después de su licencia». Trató de sonreír. Sí, tenía que ser eso. Se levantó y miró por la ventana, queriendo abarcar con sus ojos todo el horizonte de la metrópoli, inmensamente gris. La niebla resbalaba sobre las calles y apenas eran visibles los rascacielos más cercanos. Margaret comprendió que tenía que clavar en su cerebro este pensamiento: «Pat ha arrojado la pistola al río porque quiere cambiar de vida y...». Se lo repitió en voz baja un par de veces. Debía creer en él o se volvería loca. Al llegar Harriman la encontró abstraída en su trabajo, pero intensamente pálida.

* * *

Y, sin embargo, no eran éstos los pensamientos que habían de quitar el sueño a Margaret. El pensamiento tremendo vino más tarde, cuando ella estaba almorzando en un restaurante barato de Parckville, del que, era cliente, al estar situado cerca de la oficina de Harriman. Siempre se colocaba junto a una ventana interior, procurando no llamar la atención. El restaurante transmitía hoy música de discos por medio de unos discretos altavoces. Ahora, cuando Margaret estaba abstraída en sí misma, reflexionando intensamente sobre el problema que la obsesionaba, los altavoces transmitieron una pieza que había oído interpretar a Paola. Y fue entonces cuando llegó el pensamiento. En el cerebro de Margaret algo dio vueltas vertiginosamente. En su memoria estaba aquel largo pasillo cubierto de puertas con ventanillas enrejadas. Un loco mató al doctor Evatt, un loco mató al doctor Evatt... Stephen, el pobre Stephen fue asesinado también... Margaret dejó de escuchar la música: el pensamiento había entrado en su cerebro y era ya dueño de todos sus resortes. ¿Y si uno de los locos del doctor Evatt, uno de los hombres que permanecieron años y años encerrados tras aquellas puertas, completamente solos, hubiese vuelto a la casa?

* * *

Harry Lester estaba de pie, ante ella, un poco pálido, pero sonriente y tendiéndole ambas manos.

Acababan de dar las seis, y jamás Margaret Russell se sintió tan aliviada al poder abandonar la oficina, dejando por unas horas el trabajo.

—Quiero visitar a Paola Fulci, una amiga mía —le dice.

—Margaret, me había prometido explicarme una serie de cosas, íbamos a cenar juntos... —insinuó él.

—Si no le importase, Harry... Esa muchacha debe de sentirse muy sola a estas horas.

Él se encogió levemente de hombros, abriendo la portezuela del coche.

—Bien, Margaret, como usted quiera. Suba, por favor.

Ella, al verse sentada en el lujoso automóvil, junto a Harry,

desfilando ante sus ojos las calles de Bay Ridge, se sintió más confortada y más valerosa, como si los pensamientos que la mantuvieron acorralada durante todo el día ya no le pareciesen tan importantes ni tan cargados de tinieblas. Harry conducía sin mirarla, como si algo le inquietase; hasta había en sus ojos una luz sombría. Margaret no se atrevió a preguntarle, temiendo ser indiscreta. Pero observó con atención sus facciones, tan armónicas y jóvenes, sus cabellos débilmente ondulados, sus ojos que tanto le agradaron al conocerle y donde brillaba ahora esa luz inquieta. Margaret no supo cuánto rato llevaba mirando a Harry Lester y de no estar tan absorta en su contemplación hubiese advertido que éste era un mal síntoma. Pero siguió mirándole, le analizó, dejándose absorber por esta muda y deliciosa tarea de recorrerle con los, ojos.

Él volvió ligeramente la cabeza.

—Se lo digo con toda sinceridad, Margaret: las conversaciones entre mujeres siempre me han mareado un poco. Si no le importa, preferiría no conocer a esa *miss* Paola Fulci. La dejaré en la puerta de su Casa.

Estas palabras hicieron recordar a Margaret que el automóvil avanzaba y que ella se dirigía a visitar a Paola. De improviso, esta perspectiva la aturdió. Paola significaba ver aquellas puertas de hierro que guardaron el enigma de los locos. Paola le hablaría de Stephen, del laboratorio manchado de sangre, del fiscal del distrito, de todas esas cosas que ella quisiera olvidar. No; mejor no ver a Paola esta noche. Ahora se daba cuenta. Volviéndose, sujetó por un brazo a Harry Lester.

—Tenía usted razón. Es mejor que no haga visitas a esta hora. Si quiere, podemos volver a nuestro plan original.

—¿Cenamos juntos?

Margaret hizo un guiño pícaro, de complicidad, bajando la cabeza.

—Sí, Harry.

Doblaron por la primera travesía, en dirección este. Margaret advirtió que, aun cuando, abstraída, no había dado ninguna dirección a Harry, éste, hasta aquel momento, conducía el automóvil hacia la residencia de Paola. Ensimismada en otros pensamientos, ni siquiera se sorprendió; fue ésta una idea tan rápida que no dejó ninguna huella. Únicamente pareció advertir

que en los ojos de Harry Lester brillaba una luz más cordial y alentadora. Margaret, sin saber por qué, sintió una campanilla de felicidad que tintineaba en su pecho.

Estaban frente a Jersey City, siguiendo el Riverside Park. Margaret, al abrir distraídamente el bolso, halló un despacho que Harriman le entregara para depositar en el buzón de la «Clemency», uno de los más importantes observatorios mentales gratuitos de Nueva York.

La «Clemency» estaba dos manzanas más arriba, y teman que pasar frente a ella. Advirtió a Harry:

—Pare junto a aquel edificio con dos torres, por favor. Es sólo un momento.

—¿Se refiere a la «Clemency»?

—Sí.

Harry, por lo visto, conocía el edificio. Detuvo el «Cadillac» junto a la entrada principal y abrió la portezuela a Margaret.

—La espero. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, gracias, Harry. Se trata de dos minutos.

Cuando Margaret subió las escaleras que conducían a la entrada, descendían cruzándose con ella, varios de los más eminentes alienistas de la ciudad. Conocía a tres de ellos, por haber visto repetidas veces su fotografía en los periódicos: Clarendon, el de la barba blanca, Hutton, el del cuello de pajarita, y Berrel, el de la mirada de águila. Margaret entró en el edificio y depositó el sobre en el buzón. Salió inmediatamente porque, ya cuando era una niña, aquella casa le parecía inhóspita y desagradable. Grandes y húmedas enredaderas trepaban por las paredes de basalto, casi cubriendo las ventanas: parecía en el centro de Nuevo York, un castillo habitado por duendes. Pero Margaret no quería ahora pensar en tal cosa; hoy precisamente iría a cenar con Harry a algún Club de paredes luminosas, donde se escucharía una música suave y donde ella podría entornar los ojos, viendo a las demás personas, como amables duendecillos que rodeasen sus sueños. Margaret quería ser feliz esta noche. De repente, tuvo una sorpresa: el automóvil de Harry se había detenido unas quince yardas más allá de la casa, y una persiana de cuero negro estaba echada, cubriendo la ventanilla delantera. Era incomprensible, pero parecía como si el joven quisiera ocultarse. Margaret se dirigió hacia el coche y tomó

asiento junto a Harry. Éste estaba algo pálido, pero la sonrió, ayudándola a cerrar la portezuela.

—Creí que había decidido ir a cenar solo, Harry —dijo ella, algo sofocada.

—Perdón, Margaret; un policía del tráfico me advirtió que no podía estacionarme junto a la puerta. Siento que haya tenido que andar esas yardas.

—¡Oh, por Dios, Harry! ¿No me habrá tomado por una chiquilla consentida? Está usted hablando a una de las esclavas del cruel Harriman.

Rieron, mientras el automóvil se ponía en marcha. Margaret volvía a ser feliz.

Entraron en un club nocturno de paredes luminosas, donde se escuchaba una música suave y donde Margaret pudo entornar los ojos, viendo a las demás personas como amables duendecillos que rodean sus sueños.

Bailaban apretados uno junto al otro, siguiendo las cadencias de la música y mirándose a los ojos.

La campanilla de la felicidad tintinea en el pecho de Margaret, alegre, juguetona, llena de acordes rientes que poco a poco la transportan y la embriagan.

No advierte el transcurso de las horas; el tiempo es también un duendecillo alegre que susurra palabras amables en su oído. Los ojos de Margaret chispean: poseen el fuego sagrado de la dicha y están más hermosos que nunca. Luego, se sientan y hablan. Beben champaña poco a poco: Margaret siempre obró en esta sentido con gran prudencia y a Harry, por lo visto, tampoco le entusiasma con exceso la bebida. Pero hablan mucho; él le explica detalles curiosos sobre la vida de los artistas y directores de cine, a quienes diariamente veía por las calles de Los Ángeles, antes de venir a Nueva York. Le habla de Sicilia, de Berlín, de Hamburgo, lugares que visitó como piloto de guerra. Pero no le detalla combates ni describe matanzas, sino que le explica ingenuidades de niños, historias de emigrados y confesiones de muchachas. Una atmósfera suave envuelve sus palabras, haciéndolas más sugestivas, más penetrantes. Hay en ellas a veces un leve tono amargo. Margaret, apoyada su barbilla en las palmas de las manos, le escucha abstraída, mirándole dulcemente. De improviso observa su reloj; se

sobresalta.

—Harry, las dos de la madrugada.

—Es verdad, Margaret. No me había dado cuenta.

Lllaman al «*maître*». Este extiende la cuenta y se la muestra a Harry; por la expresión del rostro del joven, expresión que dura unas décimas de segundo, se adivina que el gasto es exorbitante. Saca la cartera y busca en ella. «Tal vez no lleva bastante» piensa con angustia Margaret. Si fuese así se encontrarían en un apuro, porque ella no tiene más que cuatro dólares. Por unos instantes, viéndole exprimir todos los rincones de la cartera, cree haber ido con algún modesto compañero de la oficina a un sitio demasiado lujoso. Al fin, Harry cuenta veintidós dólares y se los entrega, sonriendo, al «*maître*», junto con una buena propina. Durante estos instantes, Margaret se ha fijado intensamente en él, ha examinado sus labios, sus ojos, su peinado, su traje. Le parece ahora, viéndole buscar apuradamente en la cartera, más simpático; es decir, que ese abismo frío que representa el «Cadillac» último modela parece haberse desvanecido por irnos minutos. Margaret tiene ganas de sonreír y de apretarle la mano. Ahora, cuando Harry va a levantarse, los ojos de la muchacha se clavan en su corbata; ve allí un alfiler representando una diminuta mariposa, idéntico al que usaba el pobre Stephen. Claro que hay cientos de alfileres iguales, y Harry y Stephen ni siquiera se conocían, pero esto basta para llenar su memoria de recuerdos amargos. Hasta que él la toma del brazo y, sonriendo, la lleva hacia la puerta. Una espléndida noche azul, cuajada de luceros, les acoge. Y ante el tintineo de la campanilla, que vuelve a repiquetear feliz, Margaret siente cómo todos esos recuerdos inoportunos que la habían asaltado se van desvaneciendo poco a poco.

CAPÍTULO VIII

LA PRIMERA SOSPECHA

En el sueño de Margaret penetró aquella noche un elemento extraño.

Debían ser las cinco de la madrugada; quizá no habían sonado aún. Margaret nunca supo con exactitud a qué hora, más o menos, había ocurrido «aquello».

Estaba dormida apaciblemente; todos sus miembros se hallaban en reposo y los nervios repartían por todo su cuerpo una deliciosa calma. Pocas veces había descansado Margaret tan bien como esta noche. De repente, sintió como si se despertara y abrió mucho los ojos. El anuncio luminoso seguía inundando de tonalidades azuladas la habitación al encenderse cada diez segundos; pero esa luz era mucho más lívida que de costumbre. Todos los relojes de la casa sonaban al unísono; todos, hasta los pequeños relojes de pulsera, sonaban misteriosamente, con un gemido ronco de campanas. Margaret no pudo comprender qué hora marcaban. De improviso, cesó ese ruido y se hizo un angustioso silencio. El silencio más solemne que recordaba Margaret. Ella permanecía reclinada en el lecho, con los ojos muy abiertos, contemplando los lívidos resplandores del anuncio. Entonces, oyó pasos en el pasillo cercano, los pasos de alguien que caminaba lentamente, como los escuchara aquella noche en la biblioteca de Bruce Steinback. Las pisadas se detuvieron junto a la puerta y el pomo giró sin hacer ruido. Alguien iba a entrar. Margaret miraba hacia la puerta, obsesionada, pero sin sentir el más mínimo temor. Todos sus nervios, no obstante, estaban en tensión. Escuchó una carcajada al

otro lado del tabique. Alguien reía con una entonación gutural, siniestra, cargada de presagios. La risa cesó de pronto; pero ya un miedo espantoso había entrado como un cuchillo por los ojos de Margaret.

La puerta estaba abierta: un hombre penetró en la habitación. Era un hombre alto, vestido por completo de negro. El corte de su abrigo era muy elegante; sin duda, debajo vestía un frac. Una corbata de seda rodeaba su cuello; el sombrero era también negro. Lentamente, sin rozar apenas el suelo, fue aproximándose al lecho de Margaret, hasta quedar detenido a los pies del mismo. Fue entonces cuando las pequeñas barras de metal niquelado que adornaban el lecho, formando el armazón de su pie, crecieron rápidamente, hasta la altura del extraño visitante. Éste se agachó poco a poco, pegando su cabeza a las barras de metal. Parecía que estuviese preso detrás de ellas. En aquel momento la luz del anuncio permitió verle detalladamente; y aquel hombre no tenía cara. Margaret ahogó un chillido. Bajo el sombrero existía una cosa blanca, sin forma, como una máscara de yeso. Aquella máscara se pegó a los barrotes, cual si contemplase fijamente a la muchacha. El hombre, entonces, pasó un brazo entre las brillantes columnillas de metal, extendiéndolo en dirección a Margaret. Ahora ésta se dio cuenta de que el abrigo no estaba confeccionado a la medida de su visitante; las mangas eran excesivamente largas y cubrían la mano casi por completo, dejando fuera únicamente los dedos que estaban tendidos en dirección a ella, crispándose como una garra.

Margaret sintió que no podía gritar y quiso taparse con las ropas. Pero ya el desconocido, como adivinándolo, dejaba los pies del lecho y la rodeaba por la izquierda, pasando a unos centímetros de la joven. Caminaba como un autómatas, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Margaret se sintió incapaz de moverse: «Ahora extenderá sus manos hacia mí». «Ahora me mirará con esa máscara sin ojos». Pero el desconocido pasó junto a ella, indiferente, deteniéndose a su espalda, junto a los barrotes de la cabecera del lecho. Ahora sí que el miedo anuló por completo todos los resortes mentales de Margaret. El hombre pasó el brazo entre los barrotes y su mano pudo tocar los cabellos de la joven. Quiso ella retirarse, inclinándose hacia adelante, pero el brazo se extendió más. Y aquella mano acarició tres veces los cabellos de Margaret.

No podía volverse; sabía que aquel rostro blanco estaba allí, pegado a los barrotes, mirándola. Sentada en el lecho, inclinada hacia adelante todo lo posible, no conseguía retirar la cabeza. Entonces, para evadirse al contacto de aquella mano, se echó hacia atrás, colocándose en posición horizontal, a fin de, con la misma cabeza, apretar la mano contra la almohada y que ese contacto con las ropas la infundiese un nuevo valor. La mano, en efecto, se retiró poco a poco. Escuchó el leve roce de la manga al pasar entre los barrotes. Pero el hombre no se había retirado; el hombre, colocándose de puntillas, se asomó por encima de la cabecera del lecho, con su horrible rostro blanco. Margaret lo vio así, sobre ella, y tuvo una angustiosa sensación de impotencia. No podía gritar; no podría gritar nunca; algo blando y suave, como una bola de algodón, estaba adherido a su garganta. Necesitaba desesperadamente saber quién era aquel hombre. Margaret fue a incorporarse, con el brazo derecho extendido. Pero en aquel momento el hombre arrancó de su corbata un alfiler cuya cabeza consistía en una diminuta mariposa y lo dejó caer sobre Margaret. El alfiler se clavó en su barbilla, y ella dejó escapar un gemido. Entonces el hombre comenzó a arrancar de su corbata docenas de alfileres como aquél y, desde la cabecera del lecho, los iba dejando caer sobre la muchacha. Los alfileres descendían como una lluvia, pinchaban a Margaret en las mejillas, en los labios, en la frente, en los ojos. Todos tenían en la cabeza una mariposa diminuta. Margaret chilló: su chillido fue una demanda desesperada, angustiosa, para que cesase aquel martirio. Luego, todos los relojes de la casa se pusieron a sonar, todos, hasta los más pequeños, con un ronco sonido de campanas.

Margaret despertó, sobresaltada. Se había incorporado y un sudor frío recorría sus facciones. La habitación estaba vacía. Los resplandores del anuncio luminoso la invadían rítmicamente, cada diez segundos.

Tuvo que apretar sobre sus sienes las palmas de las manos.

«He tenido una pesadilla», pensó. «Una pesadilla...».

* * *

Una ola de frío atravesó Nueva York. Un viento helado,

procedente del Canadá y Alaska, comenzó a barrer aquella mañana los cinco distritos de la ciudad bajo un cielo plomizo, que amenazaba lluvia.

Margaret, al terminar su jornada de trabajo, poco más tarde de las seis, fue a visitar a Paola Fulci. Harry la había telefoneado dos veces, conversando con ella breves minutos, pero aquella noche él estaría fuera de Nueva York y no podrían verse. Margaret comprendió, pues, que éste era el momento de visitar a Paola. Tomó el «subway» durante parte del trayecto, haciendo a pie el resto. Al llegar ante la casa, la invadió una sensación de angustia y de tristeza.

Habían vuelto a caer las hojas de los árboles y el pequeño jardín, barrido por el viento, tenía un desolado aspecto de abandono.

Le abrió una asistenta que cuidaba la casa. El vestíbulo estaba silencioso y envuelto en penumbra. Al subir la escalinata, Margaret oía sus propias pisadas, breves, furtivas, como si alguien la siguiese. Contempló durante unos instantes el largo pasillo, lleno de puertas enrejadas. Paola le aguardaba en el piso superior y, al verla, le tendió ambas manos.

Estaba muy pálida y sus hermosos ojos parecían más grandes. Llevaba puesta sobre los hombros una rebeca negra; el cuello de su blusa también quedaba cerrado por un gracioso lazo negro. Toda ella, toda su juventud, parecía vivir sepultada bajo un dolor obsesionante. Abrazó a Margaret y se besaron en ambas mejillas.

—Te agradezco que hayas venido a verme; estaba muy sola.

Entre ambas había nacido a través de aquel momento, sin más, una deliciosa confianza, una bella intimidad llena de consuelo.

—Siéntate, Margaret.

Habían entrado en el saloncito particular de Paola, una coquetona habitación pintada con colores alegres, pero que hoy, con aquel viento gris golpeando en las ventanas, parecía desolada y entristecida.

Sobre la mesa se encontraban dos pequeñas maletas, llenas de libros y apuntes. Al observar que Margaret las contemplaba, Paola le dijo:

—Son los libros más indispensables. En esas carpetas hay guardadas notas de muchísimo interés. Pienso volver a trabajar en algún laboratorio y me harán falta. Voy preparándolo todo porque

dentro de un mes, como máximo, regresaré a Italia.

—¿Vas a irte de Nueva York?

—Nueva York es esta casa, Margaret. Es el recuerdo obsesionante del pobre Bruce, que tanto me ayudó. Es el recuerdo de Stephen, que nos quería como un padre. Ahora no puedo bajar hasta la biblioteca sin sentir un horrible miedo. Alguien acechaba en esta casa, Margaret. ¡Oh, esta maldita casa! He de marcharme de aquí. Paso las horas en mi habitación, contemplando la ventana. No puedo continuar de este modo...

—Debes sobreponerte, Paola...

En el acento de Margaret no había la más mínima convicción.

—Sí, ya comprendo que debo sobreponerme.

—Aunque yo también me ahogaría si tuviese que vivir aquí, en medio de todos esos recuerdos.

—¿Tú no has visto nunca un retrato de Bruce, verdad?

Margaret hizo un gesto negativo.

—No, nunca.

Paola se levantó, yendo hacia un cajón de su secreter. De pronto se detuvo, como si la hubiese invadido una gran tristeza.

—No vale la pena. Bruce Steinback ha muerto. El pobre sufrió mucho.

Volvió a sentarse junto a Margaret, colocando ambas manos sobre su falda, en posición abatida.

—Le quería mucho. Nunca me habló de amor, pero hubiese terminado haciéndolo.

En los ojos de Paola se marcó una triste vidriosidad, como si de ellos fuera a resbalar una lágrima. De improviso, volvió a animarse.

—Regresaré a Italia. Debo comenzar una nueva vida, Margaret. Sí, una nueva vida. Aquí me ahogo. Las calles de Nueva York me abruman. Cuando termine de arreglar los papeles de Bruce, me marcharé.

—¿Qué papeles?

—Los del laboratorio. Hay fórmulas que pueden ser muy útiles. Todo el patrimonio de Bruce pasará a sus acreedores, pero quiero que sus trabajos no se pierdan y por eso, antes de marchar, lo dejaré todo ordenado. Hay centenares de papeles que llevan su firma; todos éstos deben conservarse. Los otros, no interesan. Para seleccionarlo todo necesitaré, por lo menos, veinte días.

Margaret comprendió que, en el estado de abatimiento en que Paola se encontraba, no debía permitir que hiciese sola aquel trabajo.

—Si quieres, te ayudaré. No puedes estar veinte días encerrada en el laboratorio.

—¿Tú me ayudarás, Margaret?

En los ojos de Paola había nacido una nueva luz.

—¡Cuánto te lo agradecería, si no por el trabajo que puedas hacer, por el consuelo que has de prestarme! ¿No te has fijado en esta casa, Margaret? Es horrible: no sé cómo no me di cuenta antes. Tal vez es porque ahora me siento tan sola que... ¡Oh, discúlpame, Margaret!

Con un diminuto pañuelo se secó dos lágrimas que fluían por sus mejillas. Luego intentó mostrarse serena. Una lluvia fina, impalpable, caía mansamente, deslizándose por los cristales de la ventana. La tristeza, una tristeza gris, suave, pálida, fue invadiendo la habitación y rodeando a las dos jóvenes.

Después, Paola, durante mucho rato todavía, siguió hablando de Bruce Steinback.

* * *

«Alguien acechaba en esta casa, Margaret. ¡Oh, esta maldita casa!».

Sin saber por qué, esta frase de Paola había estado repiqueteando durante toda la noche en los oídos de la joven. No logró conciliar el sueño. Algo le causaba un vacío angustioso en el pecho, haciéndole revolverse inquieta entre las ropas, Quiso reflexionar con serenidad, pero no pudo; todos los pensamientos le hacían daño. Y, sin embargo, aquel enigma que se había introducido en su vida, requería una urgente solución. Margaret intentaba reflexionar desesperadamente, pero sólo conseguía que vaharadas de angustia envolviesen sus pensamientos.

Amanecía. Aquel viento frío procedente del Canadá y Alaska seguía azotando las calles de Nueva York, que aparecieron cubiertas por una suave neblina.

Estremeciéndose, Margaret se vistió y trató de alejar su aturdimiento mojándose los ojos. Fue a la habitación de Pat, quien

no había dormido en casa aquella noche. Apresuradamente, con angustia, empezó a revolver los cajones, suponiendo que tal vez en alguno de ellos encontraría la pistola que él dijo haber arrojado al río Harlem. Nada halló. Pat debía haber dicho la verdad. Pensativa, con gestos maquinales, colocó todos los objetos en orden, a fin de que su hermanastro no advirtiese que habían sido registrados.

Se apoyó en la pared, cerrando los ojos. No quería confesarse que aquel horrible sueño de la noche anterior la tenía obsesionada y que desde el primer momento ella había imaginado las facciones de Harry Lester bajo la máscara blanca.

La recorrió un estremecimiento de frío.

Harry Lester. Hubiera querido recordar aquel nombre y esconderlo para siempre, acariciándolo en lo más recóndito de sus pensamientos.

Todo daba vueltas alrededor de Margaret. Fue al cuarto de baño, se lavó y se aseo, sin pintarse. No quiso desayunar. Al salir vio a su padraastro, inclinado sobre un reloj, trabajando pacientemente. Cuando a su vez vio a Margaret, no pudo disimular un gesto de sorpresa.

—¿Dónde vas tan temprano? ¿No me dijiste anoche que hoy es el cumpleaños de Harriman y que estaría cerrada la oficina?

Margaret se llevó una mano a la frente. Era verdad; ahora lo recordaba. Harriman les había concedido fiesta. Pero de un modo u otro no podía continuar encerrada en la casa, sola con sus reflexiones. Repuso:

—Salgo a pasear. La cabeza me da vueltas: he dormido muy mal.

Una cortina de niebla pendía sobre la calle. Los pasos de Margaret resonaban tristes y opacos, como si caminase por una ciudad muerta. Ni un solo ruido atravesaba aquella niebla, que parecía ahogarlo, absorberlo todo. Los hombres se movían como fantasmas, pasando junto a ella. Margaret caminaba con los ojos casi cerrados, mirando obsesionada el asfalto gris, que arrojaba un débil brillo.

Pasó frente al club nocturno donde hacía pocas noches cenó con Harry. Ahora, por la mañana, parecía muy triste; las puertas de cristales estaban sucias, y un mozo negro amontonaba junto a la entrada, cajas de botellas vacías. Margaret comprendió que no podría evadirse a sus inquietudes; todo se había confabulado para

recordárselas. Haciendo un gesto de decisión, entró en la cabina de un teléfono público y marcó el número del despacho de Simmons, fiscal del distrito.

—Soy Margaret Russell, la testigo del caso Stephen Claydon. He estado reflexionando sobre diversos detalles de lo ocurrido aquella noche y creo recordar Sigo que modificaría mis declaraciones. Pero para saber si mis recuerdos se ajustan a la realidad, necesitaría que me leyese la relación de los objetos hallados sobre el cadáver. Si fuese tan amable de...

—Con mucho gusto. Tengo la lista ante mis ojos. Stephen llevaba en el momento de morir los siguientes objetos: un reloj de oro marca «Graphos», con cadena del mismo precioso metal, una pitillera de piel con dos cigarrillos marca «Chesterfield», un llavero con once llaves correspondientes a las habitaciones de la casa, un encendedor...

—No es necesaria la relación completa. Únicamente me interesa un objeto: ¿figura en la lista un alfiler de corbata cuya cabeza consiste en una pequeña mariposa, de alas rojas con puntitos negros?

Ruido de hojas de papel al otro lado del cable. Luego, la voz:

—No, *miss* Margaret. En la lista no figura ese objeto. Y nos consta que el muerto usaba alfiler porque su corbata presenta las huellas de la aguja.

Ella ahogó un gemido. Trató de sonreír como si Simmons, el fiscal, la estuviese viendo, como si pudiese advertir el esfuerzo que hacía para disimular sus emociones. Con voz natural, mintió:

—El que no hayan encontrado esa pieza desbarata todas mis suposiciones. Estaba en un error; le telefonearé mañana si recuerdo algo nuevo. Perdóneme.

Salió a la calle. La niebla la asfixiaba, la ahogaba; miles de hombres parecidos a espectros cruzaban en todas direcciones, tropezando con ella, que se había detenido en una esquina de Williamsburg. Un mar de pensamientos invadió su cabeza, de modo que si ese alfiler no fue hallado sobre Stephen es que se lo robaron después de asesinarle. Porque Stephen lo llevaba cuando le sirvió el café y las pastas obsequio de Paola Fulci.

Estaba segura, segura. Margaret apostaría su vida por esta seguridad. Y aquí nació el pensamiento, un pensamiento terrible al

que no quiso dar cabida: Harry Lester. El alfiler de Harry Lester. Todo daba vueltas en la calle, alrededor de Margaret, quien vio girar los rascacielos, los postes metálicos del alumbrado, las luces de tráfico... Una mano la sujetó por debajo del hombro.

—¿Está usted mareada? ¿Se siente bien?

Apenas tuvo fuerzas para mirar a quien le hablaba. Era un hombre elegante, de unos cuarenta años, cuyas, facciones denotaban una extremada corrección. Comprendió: había estado a punto de caerse.

—Gracias. Ha sido sólo un momento. Me encuentro mejor.

—¿Quiere que la acompañe?

El hombre hablaba con acento europeo y sus ojos la miraban con una cálida simpatía.

—Por favor, no quiero molestarle. Me siento ya muy bien. Déjeme, se lo suplico.

El hombre hizo un gesto de duda. Antes de que Margaret pudiera evitarlo, había llamado un taxi y abierto la portezuela, empujándola suavemente al interior. Él permaneció fuera. Con un gesto rápido, tendió tres dólares al chofer, susurrando:

—Lleve a esta muchacha donde ella le indique.

El taxi arrancó. Margaret aún no había reaccionado; pero ya el desconocido le hacía señas afectuosas desde la calzada, quitándose el sombrero. La muchacha tuvo que taparse los ojos. Una vergüenza inmensa la oprimía, la hacía sentir como si en las ventanillas del taxi hubiese pegados centenares de rostros que la mirasen lanzando carcajadas. Apresuradamente, golpeó los cristales que la separaban del chofer y dijo:

—Pare en la calle veintidós, por favor. Es la próxima.

El taxi se detuvo y ella saltó a la acera, con las mejillas aun enrojecidas, deseando evadirse a la mirada del chofer, deseando ocultarse a los ojos de todos, como si cada uno de los miles de transeúntes que en ese momento circulaban por la calle veintidós conociese su pequeña historia. Entró a pasos rápidos por una avenida que cortaba en diagonal la calle. Allí sufrió un sobresalto y quedó detenida durante varios segundos, sin saber qué hacer. Acababa de ver a Harry Lester. Harry estaba detenido frente al gran cristal del escaparate de una tienda. Se encontraba de espaldas a ella, que quedaba reflejada en el gran cristal del escaparate; se vio

allí, detenida, mirando como obsesionada a Harry Lester. La vacilación de Margaret duró un segundo: tenía que huir. Un día antes, el corazón le hubiera dado un vuelco de alegría al ver a Harry. Pero ahora tenía que huir. Quizá él también había advertido su presencia, en cuyo caso no podía perder un instante. Dando media vuelta, salió de la acera en el momento en que la señal del tráfico presentaba luz verde a los vehículos. Una masa de camiones, taxis, autobuses en formación compacta se arrojó sobre ella. Corriendo, logró llegar a la otra acera, sintiendo en su espalda el roce de un autotank de petróleo.

Se encontró en Malville Road, una calle de poco tráfico, donde pudo volver a escuchar el ruido seco de sus pasos. Quisiera no oír nada; todo la sobresaltaba, todo la aturdió. Se volvió ligeramente, antes de doblar la esquina, y miró hacia atrás: Harry la seguía, acababa de pasar ahora por entre la columna de vehículos.

La angustia invadió los ojos de Margaret, que se nublaron poco a poco: debía ocultarse, fuera donde fuera. A su izquierda tenía un enorme establecimiento Woolwort, de todo a diez centavos. Si entrase aquí tal vez le desorientaría; pero no, Harry no tardaría en encontrarla. Con el rabillo del ojo le vio avanzar; sus pasos eran más rápidos, dentro de unos minutos estaría junto a ella.

De repente, Margaret creyó ver la solución: entrar en el «Panamerican», un rascacielos de veinte pisos dedicado por completo a establecimientos mercantiles. En su laberinto de tiendas y pasillos era imposible que la encontrase. Subió en el ascensor hasta el tercer piso y allí, con los nervios más calmados, procuró dedicar su atención a los escaparates de las secciones de calzado y ropa interior femenina.

Logró distraerse. Cambiaban el escaparate de uno de los establecimientos y varias muchachas se dedicaban a colocar tras el cristal en artístico orden, docenas y docenas de medias que caían lánguidamente de un estante a otro.

Pero otra vez se sobresaltó, ahora más que nunca. Al extremo del pasillo había aparecido Harry Lester. Le vio avanzar hacia ella. Margaret volvió la cabeza, intentando fingir todavía, y se encaminó hacia el ascensor. Si lograra tomarlo, ganaría un tiempo precioso. Oprimió el timbre de llamada. Harry avanzaba, avanzaba; ella quisiera gritar. La sensación de sentirse apresada, arrinconada, sin

escapatoria posible, pareció asfixiarla. Frenéticamente, apretó el timbre dos veces más, mirando con desesperación el corredor desierto. La mano izquierda de Harry, entonces, se posó sobre la suya, al tiempo que la derecha la sujetaba por el brazo, obligándola a volverse.

—¡Margaret!

Ella le miró, con temor, haciendo esfuerzos para sonreír. La sorprendió esa dulce expresión de calma con que la miraban los ojos del joven. La mano izquierda de Harry acarició la suya, apartándola del timbre. Margaret se sintió cautivada por la clara luz de aquellos ojos, que disipaban todos sus temores. Tímidamente, logró decir:

—Tenía prisa. He notado que se me había hecho tarde y...

—Te acompañaré donde tú quieras, Margaret.

La voz de él era serena, limpia, y la entonación de sus palabras infundía una gran confianza.

Bajaron en el ascensor, que iba vacío. Entraron en él y Harry, colocándose a su espalda, la sujetó por ambos brazos suavemente. Sus labios se apoyaron con una infinita dulzura en los cabellos de Margaret. El empleado estaba distraído, leyendo una publicación gráfica de aventuras, y no se preocupaba de ellos. Margaret sintió un lánguido deseo de abandonarse, de apoyar su cuerpo en Harry Lester y dejar que los labios del hombre recorrieran sus cabellos, sus sienes, sus oídos y su nuca. Había en aquellos labios un calor que la estremecía, que la hacía vibrar con una emoción desconocida y recóndita. Pero en tal momento se fijó en las manos que oprimían sus brazos. Clavó sus ojos en los dedos finos, que la retenían con una cálida presión. Esas mismas manos mataron a Stephen Claydon. Con estos mismos dedos tocó al muerto, lo volvió de espaldas, manoseó su sangre. Estos dedos eran los de un asesino; y ahora la estaban acariciando a ella, estaban apretando sus brazos para tenerla bien sujeta.

Quiso desasirse, pero en aquel momento llegaron a la planta baja. Harry se colocó junto a la puerta y allí se detuvo unos instantes, mirándola. Fue en aquel momento cuando Margaret creyó advertir en los ojos de Harry una expresión burlona. Y algo más; porque esos ojos penetrantes, duros, dotados de una insospechada fuerza, eran los mismos que un día, en el ascensor de la oficina de

Harriman, taladraron la obscuridad para mirarla; los que la asustaron aquella misma tarde en la «Mac Leans Publicity»; los mismos ojos que la siguieron a todas partes, conteniendo una amenaza. Margaret no comprendió cómo había tardado tanto tiempo en advertirlo. Existía en los ojos de Harry esa peligrosa luz que hace a unos ojos inolvidables. Estaba segura de que eran aquellos mismos; completamente segura. Los ojos de Harry Lester ya la seguían con aquella amenazadora expresión antes de que ambos fuesen presentados en la oficina de Harriman. Dios sabe qué pretendía hacer con Margaret, qué es lo que iban a mandar sus nervios a sus dedos de asesino. Lo cierto fue que la muchacha, en este breve, pero terrible momento, tuvo una agobiadora sensación de soledad y de impotencia.

Salieron a la calle. El alfiler de Stephen brillaba levemente al sol, sobre la cortaba de Harry.

Las nubes se habían disipado y, a intervalos, rayos tímidos de sol, pasando entre el dédalo de rascacielos, llegaban hasta la calle.

—¿Dónde vas, Margaret?

—A casa. Directamente a casa.

* * *

Suben al elevado en la más próxima estación. Va lleno y tienen que estar apretados uno junto al otro. Allí Margaret, a pesar de su trágica certidumbre, a pesar del temor que la domina, vuelve a sentir la turbación que le ocasiona esa proximidad del hombre, ese contacto de sus brazos que la ciñen. Tiene ante sus ojos el alfiler de Stephen, pero no puede mirarlo. Es como si ahora no existiese nada más que los ojos de Harry, esos ojos que otra vez la recorren con mirada dulce, acariciándola, envolviéndola en una sensación que la hace pensar que ella pertenece a este hombre y que jamás podrá librarse de sus brazos. Otra vez el abandono llena la voluntad de Margaret; es mejor reclinar la cabeza en su pecho, dejar que acaricie sus cabellos, permitir que sus labios digan que la ama. Una nostalgia desesperada entra en el corazón de la muchacha; la nostalgia de esos días anteriores en que ella apenas sabía nada de Harry, cuando podía confiar en él y permitir que sus miradas la llenasen de una emoción suave y cálida. Ahora todo ello es

imposible. Ahora sabe que Harry Lester es un asesino —el pensamiento taladra su cerebro, le hace tanto daño que quisiera gritar—, sabe que esos ojos la miran en realidad con un deseo cruel, que hay en ellos una chispa burlona, una luz de una superioridad en este juego trágico en el que tal vez Margaret perderá su propia vida. ¿Cuántos años debe tener Harry? ¡Quién sabe! Tal vez parece más joven, su aspecto engaña. Debe de ser uno de los locos del doctor Evatt. Uno de aquellos hombres que permanecieron encerrados años y años tras las puertas enrejadas, completamente solos, y que ahora había vuelto a la casa.

Otra vez, Margaret siente un horrible miedo. Contempla el alfiler con ojos atónitos, procurando separarse de Harry. Tiene que librarse de él y su casa aún está muy lejos. Pero cree atisbar una idea salvadora: irá al establecimiento de su hermanastro, dos manzanas más allá, junto a la próxima estación. Allí suplicará a Pat que la libre de Harry sea como sea. Todo ello es muy cruel y deja aturdida a Margaret, pues conoce los desagradables procedimientos de Pat y sus compinches para librarse de la gente. Pero tiene que obrar así y además ahora mismo, o no puede prever las consecuencias. Incluso para el mismo Harry es posible que sea un bien.

—Quisiera bajar en la próxima estación. Mi hermanastro tiene un negocio de accesorios para automóvil allí cerca, y he de darle un recado.

—Como tú quieras, Margaret.

Descienden. Caminan sin hablar un centenar de metros. Harry la ha tomado por el brazo y así llegan ante la pequeña tienda que su hermanastro ha abierto dos días antes. No hay en ella un solo cliente.

Sentado sobre el mostrador se encuentra Bob Strickland, un individuo de malísima catadura, que había sido pretendiente de Margaret y al que ésta no profesa ninguna simpatía. Hace un guiño al verla entrar.

—¿Está Pat? Necesito hablar con él sobre un asunto urgente.

—Por ahí dentro. En el despacho o en el almacén lo encontrarás. El despacho está a la izquierda.

Antes de pasar a la trastienda, Margaret se vuelve hacia Harry Lester.

—Siéntate y aguarda unos minutos, por favor. Enseguida vuelvo.
Bob clava en Harry unos ojillos de sospecha.

—¡Hum!

Se queda mirándole desde detrás del mostrador, del mismo modo que un gato miraría una sombra con forma de ratón.

Margaret entra en una habitación que supone el despacho. Está vacía, pero Pat no debe de andar lejos. Comprende que debe obrar con rapidez y que cuanto antes se deshaga de Harry será mejor. Pero vacila; un sentimiento de angustia, de compasión, de pena, se ha adueñado de ella. Harry está allí, esperando inocentemente que ella le prepare está sucia jugada. Pero no hay otro remedio. —Margaret intenta convencerse a sí misma—. Al fin y al cabo, Harry es un hombre que podía muy bien estar en la silla eléctrica. Decide firmemente aguardar en el despacho hasta que su hermanastro regrese. Entonces le dirá sin vacilaciones que le conviene deshacerse de Harry Lester.

Se sienta ante la mesa. Una voz recóndita le está diciendo que ojalá tarde Pat mucho rato en volver al despacho.

Distraídamente, abre los cajones y mira por encima los papeles. El libro de contabilidad no está empezado y ha servido para apuntar en él las cosas más incoherentes. Margaret conoce esta mesa de despacho porque durante muchos años la tuvieron en casa. Sabe que detrás del cajón mayor hay otro más pequeño. Lo abre con un cierto sentimiento de nostalgia, pues de pequeña se entretenía con ello, y allá en el interior la pistola de Pat.

Una dolorosa sorpresa nubla la luz de sus ojos: «De modo que mintió al decir que la había arrojado al río Harlem».

Pero inmediatamente se repone. No entiende de pistolas ni sabe de qué marca y qué calibre es ésta. Únicamente piensa que Pat no tiene licencia y que si le hallan esta arma, pasará seis meses encerrado en

Sing-Sing.

Ella misma la guardará hasta que encuentre ocasión de arrojarla al río. Con cuidado, la oculta en su bolso y se dispone a dejarlo todo en orden. Cuando iba a cerrar el último cajón, entra Pat.

Viene malhumorado y pega un portazo. Al verla, advierte enseguida que ha estado manipulando en su mesa. Margaret sonríe, pues no cree haber hecho nada malo. Pero hay en el rostro de Pat

una expresión que la intranquiliza. Poniéndose seria, termina de cerrar el cajón. Él se aproxima y la sujeta por la muñeca.

—De modo que registrando mis papeles, ¿eh? ¡Estúpida!

La mira con ojos incendiados, retorciéndole la muñeca hasta hacerle daño. Margaret comprende; durante la noche anterior, Pat debió de perder dinero en el juego. Ahora pagará las consecuencias ella. Tratando de desasirse, suplica:

—¡Déjame, Pat! Necesito irme.

—¡Claro que te irás! Pero no tan tranquilamente como supones. ¡Anda, sal fuera!

Propinándole un brutal empujón, la saca del despacho. Otro empujón y Margaret está a punto de caer sobre las baldosas de la tienda. Pat la sigue, intentando sacarla hasta la calle. De improviso, en pie junto a la puerta, ve a un individuo. Abre y cierra los puños espasmódicamente y le mira con unos sorprendentes ojos de acero, que reflejan asombro. Margaret le ve también; es más, tiene que apoyarse en Harry para no caer al suelo. Él, con voz que intenta ser serena, se dirige a Pat:

—En mi presencia nunca se ha tratado a una mujer de este modo. Pídale perdón o me bastarán dos minutos para enseñarle a ser educado.

No espera la respuesta del otro. Un relámpago de furia brilla en sus ojos. Aparta suavemente a Margaret y con una ágil torsión de cintura trata de clavar un gancho en la mandíbula de Pat. Este esquivo fácilmente, sin perder su expresión de asombro. Mueve los brazos. Margaret se apoya en la puerta, temblorosa, mirando a su hermanastro con ojos de terrible angustia. No comprende su actitud, y mucho menos la de Harry.

Este momento es el que elige Bob para intervenir.

Margaret ve su puño armado con la llave inglesa, cuyas puntas se clavan por dos veces, brutalmente, en el cuello de Harry. Este ahoga un grito; la sangre inunda a borbotones el cuello de su camisa y las solapas de su americana. Margaret, con lágrimas en los ojos, tira de su brazo con increíble fuerza y lo saca a la calle. Un par de transeúntes se detienen sorprendidos, pero ella ya ha abierto la portezuela de un taxi que acaba de detenerse a su señal. Harry se deja conducir, como aturdido por los golpes. Una vez en el interior, ella trata de limpiarle la sangre con su pañuelo; las heridas son

profundas y han ocasionado una hemorragia. Desesperada, susurra:

—Tendré que llevarte a un dispensario. Necesitas una cura urgente.

En los ojos de Harry hay una extraña indiferencia, como si no sintiese ningún dolor.

—No me lleves a ningún sitio público, Margaret. Vivo seis manzanas más allá, en una pensión. Allí pueden curarme.

Ante el silencio inquieto de la joven, adelanta su cuerpo para decir al chofer:

—Calle veintiocho, junto a la estación del elevado.

Se reclina en el asiento y cierra los ojos, apretando con suavidad la mano de Margaret. Esta teme como nunca, pues le parece significativo que Harry atacara tan de pronto a Pat. Debe de ser peligroso.

—¿Es aquí?

—Sí, aquí es. Gracias.

Descienden y Harry paga el medio dólar que marca el taxímetro. Tiende, además, al chofer, otros dos dólares que saca del bolsillo de su americana.

—He sufrido un accidente y es posible que haya manchado de sangre la tapicería del asiento. Tome esto para limpiarla.

Rápidamente, entran en la casa. Margaret no deja de sorprenderse ante las manchas de las paredes, la ruindad de los muebles que yacen en desorden, la alfombra rota que cubre los peldaños de la escalera... Este oler a pensión barata que surge de las habitaciones pequeñas, esta tristeza de las lámparas cubiertas de polvo y de las flores artificiales que tratan de adornar las mesas, hacen que tenga que apretar la mano de Harry, confundida, como buscando su protección. Nadie les sale al paso; en la casa no se escucha el menor ruido. Entran en una habitación amueblada simplemente con un lecho, dos butacas, un armario y una mesita baja. Las paredes, desnudas, tienen un color desagradable y están sucias. Harry hace un gesto abatido, mostrándole la pieza.

—Aquí vivo. Desde esta calle salía para buscarte en aquel lujoso «Cadillac» que no era mío.

Estas palabras pinchan los nervios de Margaret. Otra vez la traen a la realidad de esta extraña situación de Harry, esta situación que hace desfilar nuevamente por su cerebro, una tras otra, todas sus

sospechas. Pero no quiere recordarlas. Mira el reguero de sangre que recorre el pasillo; suavemente, abraza la cintura del hombre.

—Tienes que descansar, Harry. Te estás desangrando.

—Espera.

Adelantando unos pasos, llama tres veces con los nudillos a la puerta frontera. Hecho esto se extiende en el lecho, después de quitarse la chaqueta y la corbata, indicando a Margaret la butaca más cercana.

—Ahí vive un amigo mío que es médico. Le retiraron la licencia por curar, sin dar parte, a un *gánster* herido. Él me atenderá.

Margaret va a decir algo, ansiosamente, adelantando un brazo hacia Harry. Pero en aquel momento un hombre flaco, de aspecto derrotado, que a pesar del frío viste en mangas de camisa, entra en la habitación. Mira a Harry de modo superficial.

—¡Vaya, vaya!

Se arrodilla junto al lecho y examina las heridas. No hace preguntas. Harry ha clavado los ojos en el techo de la habitación; hay en ellos una gran tristeza. Luego los cierra lentamente, como queriendo impedir que Margaret adivine sus pensamientos. El médico entra y sale varias veces, sin hablar palabra, trayendo desinfectantes y gasas.

—Te han golpeado con muy malas intenciones. Tienes desecha la parte izquierda del cuello.

—No te preocupes mucho por mí. Véndame solamente.

—Calla.

Le va limpiando la herida, después de haberle desabrochado la camisa. Margaret lo contempla todo con ojos absortos, analizando hasta las más leves expresiones del rostro de Harry. Luego, sus ojos dan vueltas por la pequeña habitación, se clavan en la ventana, por donde entra una luz gris, turbia que presta al color de todos los objetos un tono mortecino. Margaret siente deseos de llorar; una intensa compasión hacia la vida de Harry, sea cual sea, compasión de sus ojos cerrados que no quieren mirarla, compasión de su pasado, de la tortura en que vive. Margaret se levanta, aprieta la mano de Harry y la lleva a su pecho. No quiere pensar en nada; sólo que Harry está allí y que ambos se necesitan. El médico ha terminado la cura colocando unas gasas prendidas con esparadrapo, sobre el cuello herido. Se dirige a la puerta y los contempla a los

dos, con mirada inexpresiva.

—Descansa todo el día. Mañana volveré a curarte.

Margaret ve cómo cierra la puerta. Al volver el rostro nota clavados en ella los ojos de Harry. Hay en ellos una tristeza infinita y una gran lejanía, como si le dijese para siempre adiós.

—Ya has visto que no soy lo que parecía, Margaret. Márchate tú también y déjame solo. Olvida que me conociste.

Ella niega tercamente, con los ojos arrasados en lágrimas. No sabe lo que tiene y por qué lo hace todo esto. Pero está arrodillada junto al lecho, tiene el rostro sobre el pecho de él y con sus dedos le acaricia los cabellos. Harry se incorpora y aprieta con ambas manos, suavemente, las mejillas de la muchacha. Una suave expresión ha invadido su rostro, una expresión de ternura hacia ella, donde va prendido un mensaje que Margaret no necesita descifrar. Pero, de repente, Harry reacciona y la aprieta suavemente.

—Margaret, hemos hecho mal. Tienes que irte.

Están ahora en pie, junto a la ventana. Ella no quiere mirarle porque sabe que encontrará aquellos ojos cargados de desesperanza. Se aparta de él, cogiendo el bolso, y camina a pasos lentos hacia la puerta.

—Volveré esta noche, Harry. Puedes necesitarme.

La voz de él la sigue, pidiendo con un susurro:

—No, Margaret. No vuelvas jamás aquí. Debes olvidarme. Debes olvidar mi nombre.

Ella sabe que volverá. No quiere responder. Antes de salir vuelve el rostro hacia Harry. Éste da media vuelta, presentándole la espalda, para no mirarla.

Cierra. Baja las escaleras como una sonámbula, como una enferma. Al salir a la calle ve un cielo que, encapotado, presagia nieve. Y es entonces cuando se hace esta extraña pregunta: «¿Por qué golpeó Harry tan rápidamente a Pat? ¿Es acaso porque está muy enamorado de mí...? ¿Por qué no quiso dejarle tiempo para hablar?».

CAPÍTULO IX

LA SOMBRA DE LA SILLA

Negó. La ciudad cambió de aspecto rápidamente.

Los niños abandonaron sus juegos de pelota en las calles cercanas al río, y se dedicaron a arrojar bolas de nieve, que casi se derretían en sus manos.

Margaret vio el principio de la nevada desde una de las ventanas del consultorio de Garrett, el célebre siquiatra.

Con los dedos de las manos entrelazados, intentando mantenerse serena y tranquila, iba hablando lentamente:

—Todo comenzó hace un par de meses, doctor. Fred había sido hasta entonces un muchacho normal. Íbamos a casarnos muy pronto; cuando llegase el verano y ambos pudiéramos salir de Nueva York una temporada.

—¿Qué edad tenía él, entonces?

—Veinticuatro años: Ésa es la edad que él se atribuía, pero puede ser más viejo. Acababa de regresar de Asia cuando nos conocimos en un baile benéfico; dijo que se había enamorado de mí. Me agradó y acostumbramos a salir juntos desde entonces. No tardó en prometerme que se casaría conmigo.

—Siga.

—Hace frío aquí, ¿verdad?

—Perdone, enchufaré la estufa eléctrica. El tiempo nos ha dado una sorpresa.

—Dijo que se casaría conmigo cuando llegase el verano. Éramos muy felices y desde entonces Nueva York me pareció una ciudad distinta. Ahora... viene lo que quería decirle: hace dos meses se

cometió un crimen. Asesinaron a un hombre, un sirviente a quien yo conocía. Sé que usted guardará el secreto profesional; pero no quiero darle ningún otro detalle para no comprometer a Fred. Aquella noche no nos vimos; jamás me ha explicado dónde estuvo, a pesar de que he llegado a preguntárselo varias veces. Doctor Garrett... yo sé que Fred tiene en su poder un objeto que el asesinado solía llevar siempre encima. El crimen no tenía ningún motivo aparente. Fred no conocía a este hombre. Si él le asesinó, es que está loco. He aquí por qué he venido, doctor. ¿Puede un hombre que nos habla normalmente, cuya conducta parece intachable, ser un loco peligroso, un loco capaz de matar? Sé que Fred me engaña en muchos aspectos; finge ser rico cuando apenas tiene un par de dólares. ¿Por qué? He empezado a tenerle miedo. Me mira y no sé a dónde dirige los ojos. Necesito saber si un hombre que parece bueno, noble, que asegura que me ama, puede estar loco y ser un asesino, doctor Garrett: ¿Ha tratado usted algún caso así?

La nieve caía blandamente, rozando los cristales de la ventana.

—¿Por qué no le ha traído usted?

—Porque habría sido muy difícil engañarle. Además, ya que es posible que él haya cometido el crimen, no quiero que le conozca.

—Comprendo. ¿Cuál es la profesión de Fred?

Margaret, que había estado intentando exponer, más o menos, el caso de Harry Lester, variando las circunstancias y tejiendo una urdimbre de confusiones para hacer imposible su identificación, quiso ser sincera al dar esta respuesta:

—Fred dice ser abogado. Ejercía en Los Ángeles.

—¡Hum! Mucho me temo, hija mía, que Fred no entienda nada de leyes. Haga la prueba, cuando lo vea. Tal como usted se explica, podría tratarse de un caso de paranoia. ¿Conoce usted a los padres de ese muchacho?

—No. Nunca me ha hablado de ellos. Sin duda, han muerto.

—¡Ejem! ¡Sí, claro!

Garrett se puso a pasear por la habitación, frotándose las manos.

—En fin, si usted quiere traer a Fred, yo le daré un diagnóstico seguro y prometo no denunciarle a las autoridades a menos que compruebe su peligrosidad. Si usted no lo trae, hija mía, es muy posible que continúe siendo la prometida de un hombre atacado de

paranoia. No hay dos paranoicos iguales. En las actuales circunstancias, corre peligro su propia vida. Debe separarse de Fred.

—Pero, doctor, yo le amo. Le amo.

Margaret se había tapado los ojos con las palmas de las manos e intentaba ocultar la extraña mueca, mezcla de ansiedad y de ternura, con que su confesión había sido pronunciada.

El doctor Garrett le colocó una mano sobre el hombro, paternalmente.

—Si usted hubiese tenido algunos conocimientos sobre siquiatria, no le habría sido preciso venir a consultarme. Cualquiera que se haya interesado un poco por estos problemas sabe que un hombre de aspecto bondadoso, que hable correctamente y sea incluso capaz de enamorar a una mujer, puede estar loco. Aplique estas palabras a su caso. Aunque es posible que el cariño que usted le profesa sea capaz de salvar a Fred.

Margaret contempló fijamente al médico, como si estas últimas palabras le hubiesen traído una nueva luz.

—Pero corre peligro su propia vida. Su vida.

Margaret se levantó como una autómatas, tendiendo su mano al siquiatra, quien la miraba bondadosamente. El doctor Garrett la acompañó hasta la puerta, contemplando durante varios segundos cómo la muchacha descendía las escaleras con paso indeciso.

La nieve cubría las calles y los diminutos zapatos de Margaret iban hundiéndose en la gran sábana blanca, comunicando a sus pies y a todos sus miembros un frío intenso.

En los ojos de la muchacha brillaban dos gotitas luminosas, temblonas, que pronto se desprendían sobre sus mejillas para ser sustituidas por otras.

Llegó sin darse cuenta frente al edificio de la «Panamerican», donde ella se ocultara aquella mañana para impedir que Harry la alcanzase. Una angustia infinita le arañó el corazón y unos labios helados parecieron posarse en los suyos.

Varios chiquillos pasaron riendo junto a ella y luego comenzaron a arrojar grandes bolas de nieve.

Margaret echó a andar nuevamente. Iba hacia la estación del elevado, que se veía a lo lejos. El elevado que la dejaría frente a la casa de Harriman.

Una voz reseñó en sus oídos, una voz que venía de lo más

profundo de sí misma. «¡Detente, Margaret! ¿Qué vas a hacer? ¡Detente!».

Acalló aquella voz dibujando en sus labios un gesto que significaba decisión inquebrantable.

La estación del elevado se acercaba, estaba ya sólo a unos metros.

Subió las escaleras. Oyó el traqueteo de las vías, de los ensamblajes metálicos. Cuando el elevado se detuvo y ella quedó enmarcada frente a una de las puertas, sabía que comenzaba su verdadera historia de amor. En ese momento comenzaba la historia del gran amor de Margaret Russell, de veinte años de edad, natural de Nueva York, empleada del notario Harriman.

CAPÍTULO X

EN BUSCA DEL PELIGRO

El tren acababa de dejar atrás los límites de Nueva York y volaba en dirección norte, cruzando bajo una lluvia torrencial entre pequeñas colinas de roca que se elevaban aquí y allá, apenas visibles a causa de la tremenda oscuridad de aquella noche.

El vagón oscilaba a derecha e izquierda y era difícil caminar por los pasillos.

Margaret se introdujo en el lavabo, cerrando tras sí y clavando enseguida en el espejo sus grandes ojos, donde se leía una expresión de angustia. El pequeño departamento, completamente esmaltado de blanco, traqueteaba horriblemente a causa de la velocidad. Sintió náuseas y tuvo que apoyarse en la pared, llevándose ambas manos a las mejillas, con gesto de desesperación. Al tomar una curva, la inercia la hizo caer hacia el otro lado del departamento, como un muñeco. Intentando serenarse, sujetó con ambas manos la pila para poderse contemplar fijamente en el espejo. Estaba más bonita, pero más pálida, mucho más pálida, y estos ojos no parecían los suyos propios sino los de otra mujer que hubiese pasado llorando la mayor parte de su vida. Bajando la cabeza, repitió con ademán desesperado:

—¿Pero, qué has hecho, Margaret? No tienes prudencia ni sentido común, juegas con tu vida como jugaría un niño con una pelota de trapo. Estás loca, completamente loca.

Quietamente, tapándose la cara, lloró. No podía soportar más ver reflejados en el espejo aquellos ojos que no parecían de ella misma. Había entrado allí porque necesitaba estar sola. Pero hasta

la misma soledad estaba poblada de voces que la amenazaban. Bajando los párpados, intentó recordar cuanto había hecho. Todo había sido tan irreflexivo, tan rápido, que tenía la sensación de estar viviendo un sueño.

Dos horas antes, el elevador la condujo ante la casa de Harriman. Sin detenerse a reflexionar, habló con él; dijo tener los nervios trastornados a causa del exceso de trabajo, aseguró que lo sucedido en casa de Paola Fulci le había ocasionado una verdadera conmoción. Necesitaba descansar o se volvería histérica. Pidió un mes de vacaciones: dos semanas con sueldo y dos semanas sin él.

Harriman, a pesar de su inflexibilidad, siempre había sido, en los momentos solemnes, un hombre comprensivo. Después de un largo discurso en el que aseguró hacerse perfecto cargo de las razones de Margaret, concedió a ésta las dos semanas de vacaciones con sueldo, aunque no las otras dos que la muchacha había solicitado. Si transcurridos quince días no se presentaba en la oficina, sería despedida. Y en el verano, cuando el terrible calor de Nueva York derrite el asfalto de las calles, no le concedería un solo día de descanso.

Margaret ya no escuchó todas esas amenazas, encaminadas a hacerle cambiar de propósito. Al salir de nuevo a la calle tenía ante sí dos semanas que eran suyas, enteramente suyas.



Entonces fue a su casa y sacó del armario todos sus ahorros: sesenta y tres dólares.

Después de disponer en un pequeño maletín los objetos más indispensables, se despidió por dos días de su padrastro. Dijo que iba a descansar a casa de *miss* Stella, su antigua nodriza.

En verdad, iba a casa de *miss* Stella. Pero no pensaba ir sola.

Había cesado de nevar; el viento frío volvía a resbalar entre los rascacielos. Margaret salió a la calle encaminando sus pasos rectamente en dirección al lugar donde vivía Harry Lester.

La pensión le pareció ahora más sórdida, más pequeña, con más olor a viejo. Una mujer delgada, que esperaba junto a la escalera, chilló al verla:

—No suba. Harry Lester no está aquí.

Margaret no había visto nunca a aquella mujer. Comprendió.

Venciendo el gesto de sorpresa de la otra, subió rápidamente las escaleras. Harry estaba en su habitación, preparando una maleta con gestos apresurados. Al verla, dejó caer los brazos con un gesto de desaliento.

—¿No te han dicho que había salido?

—Sí; pero no he sido tan estúpida como para creerlo. Me alegra que hayas preparado las maletas. Hemos tenido el mismo pensamiento.

Margaret, recordando ahora su maravillosa decisión de unas horas antes, no lograba concebir cómo había podido hacer todo aquello con tan admirable calma.

—Vamos a salir de Nueva York. Tú y yo. Nos marcharemos ahora mismo.

En los labios de Harry Lester se dibujó una sonrisa que tenía algo de burlona.

—Tú estás loca, Margaret.

Claro; lo estaba. Ahora Margaret, sola en el pequeño departamento del vagón, se daba cuenta de la tremenda irreflexión que había guiado todos sus actos de las últimas horas. Sí; en la frase de Harry iba impresa una gran verdad. Se había vuelto loca.

En la profundidad de sus ojos brillaba una chispa desconocida, esa chispa temerosa que la obligaba a contemplarse en el espejo como si viera reflejada en él una mujer por completo distinta a sí misma.

Pero unas horas antes, Margaret, sin hacer caso de las palabras de Harry, había dicho:

—No iremos muy lejos. Solamente a unas treinta millas de Nueva York, a una casa donde vive mi antigua nodriza. Allí permaneceremos quince días.

—Bien. ¿Pero por qué todo eso?

Margaret hubiese gritado: «Porque quiero salvarte. Porque desesperadamente, necesito salvarte». Pero con una extraordinaria frialdad, repuso:

—Basta, Harry. Saldrás conmigo de Nueva York esta misma noche... o te denunciaré a la policía.

En las facciones del hombre se marcó un tremendo estupor. Luego volvió a contemplar a Margaret con aquella expresión inescrutable, donde ella creía ver una chispa burlona. Sin decir palabra, se puso la americana, cerró la maleta y paseó por la pequeña habitación una mirada circular, como despidiéndose desella.

Margaret sintió en todo su cuerpo el hormigueo del miedo. Se había vendido. Harry ya sabía que sospechaba de él. La miraba con aquellos ojos acerados, llenos de reflejos grises. Podía matarla; tal vez, muy en el fondo de su cerebro, ya lo tenía decidido.

Salieron a la calle. Harry ya debía de haber pagado con anterioridad la cuenta de la pensión, porque nadie se opuso a que marchara. Había cesado de nevar y en cambio caían ahora gruesas gotas de lluvia. También había cesado el frío. Descendieron a la estación del Metro y un cuarto de hora más tarde estaban en el tren, saliendo de Nueva York entre ráfagas de lluvia.

Margaret, en el pequeño lavabo, intentó serenarse. Harry estaba a unos metros de allí, quieto, aguardando su regreso. Nadie más viajaba en su departamento. Desde que el tren arrancó no habían cambiado palabra. Pero ella sentía clavados en su rostro aquellos ojos escrutadores, que la examinaban con una gran frialdad. Los ojos recorrían su rostro como una mano helada, parecían herirla con aquella luz burlona que penetraba a través de su piel y leía sus pensamientos. No pudo evitarlo; sintió miedo. Fue al lavabo y allí estaba ahora, contemplándose en el espejo, preguntándose si era posible que ella, Margaret Russell, hubiese hecho todas estas cosas.

Mistress Stella, su antigua nodriza, era una mujer perfectamente honorable, y tan honorable como ella era su casa. No corría peligro de que Harry se extralimitase. En su ánimo sólo había obrado el pensamiento de que conducía a un enfermo al que necesitaba salvar. Pero de repente, quizá demasiado tarde, había penetrado en sus pensamientos una temblona luz, que sólo iluminaba inquietudes y certidumbres amargas. Al querer salvar a Harry, se le había

ofrecido como víctima. Quién sabe si él ya tenía decidida su muerte y sólo aguardaba la circunstancia propicia. Quiso sacar un pañuelo de su bolso y halló en él la pistola de Pat. Ya había olvidado que la tenía allí. «Definitivamente, estoy loca. He paseado por todo Nueva York una pistola cargada». Con un gesto impulsivo, hizo ademán de bajar la ventanilla para arrojarla a la vía. Pero se detuvo: «Mañana la encontrarán y para eso hubiese sido mejor dejarla donde la tenía Pat». De repente otro pensamiento, que la dejó sobrecogida: «¡Dios mío! ¿Y si la necesitase? ¿Y si me fuese preciso utilizarla?». Atónita, observó la pistola que relucía, negra, en el fondo de su bolso. Lo cerró violentamente, con un gesto de horror, como si guardase allí la mano de un muerto. Sin limpiarse los ojos, salió del lavabo, encaminándose al departamento donde la aguardaba Harry.

Éste continuaba sentado, con las manos en los bolsillos de su americana, y clavó los ojos en ella al verla entrar. Debió advertir, sin duda, que había llorado. Y, de repente todas estas inquietudes de Margaret, todos estos temores angustiosos que la tenían sobrecogida, desaparecieron al mirar el rostro de Harry. Había nacido en sus ojos una nueva luz, una luz tan cálida, tan embriagadora, tan exclusivamente inspirada por Margaret, que ella tuvo que bajar los ojos confundida y se sintió enrojecer. Ahora la mirada de Harry recorría su rostro como una caricia interminable. Pero no quería mirarle; no quería adivinar, detrás de aquellos ojos que le insinuaban tantas cosas, el cerebro oscuro cuyos resortes se habían detenido. Ya no podía caberle la menor duda: Harry había confesado al ceder a su amenaza de denunciarle. Y ahora, al ver en su rostro esa cariñosa expresión, al ver en sus ojos esa mágica luz que los hacía tan distintos, Margaret volvió a sentir compasión infinita, volvió a comprender que, por encima de todas las Oscuridades y por encima de todos los peligros, necesitaba curarle. Lo necesitaba desesperadamente.

El tren se detuvo. Margaret miró por la ventanilla.

—Aprisa, Harry. Tenemos que bajar.

Al encontrarse en el andén, él contempló el rótula con mirada crítica: «Winsbury».

—¿Dónde vamos, Margaret?

—A casa de una mujer muy bondadosa llamada *mistress* Stella. Pero primero tomaremos algo en el bar. Ven.

Se sentaron ante una mesa, uno frente al otro. Había cesado de llover y en el cielo, entre los claros de las nubes, brillaban constelaciones de estrellas. Mientras les servían unos emparedados y leche, Margaret quiso hacer la prueba que le había aconsejado el doctor Garrett.

—Supongo que habrás aprendido muchas cosas interesantes en Nueva York. ¿Conoces ya la marcha de la oficina de Harriman?

—No muy bien. En realidad, tenía que haber trabajado más. Sólo me disculpa el que al hermano de Harriman, el que dirige la asesoría jurídica no debí resultarle muy simpático, y me dio muy pocas facilidades. No quiso ningún trabajo importante.

—Es extraño. El hermano de Harriman dijo un par de veces delante de mí que le habías causado una impresión muy agradable. Lamentó que pasases tan pocas horas en la oficina. No te gustaba todo aquello, ¿verdad, Harry?

—Sinceramente, no. No me gustaba.

—A mí tampoco me complace. Hay días que el trabajo se hace agotador. Una semana atrás tuve que descifrar dos testamentos ológrafos escritos con una letra verdaderamente ilegible.

—¿Y por qué no los escribieron a máquina?

Margaret miró hacia otro sitio, para que sus ojos no delataran la confusión que sentía. Harry no entendía de Leyes absolutamente nada: hasta ella, modesta empleada de Harriman, sabía que un testamento ológrafo debe haber sido escrito, necesariamente a mano, por el mismo testador. El doctor Garrett tenía razón: Harry se había creado para sí mismo una personalidad. No era abogado, ni había ido a la oficina de Harriman para aprender. Era muy posible que jamás hubiese estado en Los Ángeles. Y, además, su nombre no debía de ser Harry Lester.

Con un suspiro, dejó sobre la mesa su vaso de leche, casi intacto.

—No hablemos ya más de esto, Margaret. ¿Qué sabes de mí?

—Sepa lo que sepa, no corres peligro mientras no salga de mis labios. Vámonos de aquí.

Hizo ademán de ir a sacar dinero del bolso, pero él la contuvo depositando un dólar sobre la mesa.

—Bien. Vámonos.

Tomaron un coche de línea. Iban acompañados solamente por dos o tres personas taciturnas, que no repararon en ellos. Margaret

miraba a todos lados con sospecha, temiendo que alguien estuviera sobre la pista de Harry y le hubiese seguido. Una vez puesto el autobús en marcha, murmuró:

—Diré a *mistress* Stella que eres Pat, mi hermanastro, y que venimos a descansar. Ten en cuenta esto.

—¿Pat es el individuo con quien me peleé?

—Sí, pero trata de olvidarlo.

—Está olvidado. Lo que imagino es que *mistress* Stella cobrará algo por nuestra estancia en su casa. Yo...

—Calla. Tengo unos dólares ahorrados. No debes preocuparte de eso.

—¡Margaret! ¿Por quién me has tomado? Si te veo gastar diez centavos en mí, te juro que...

Todos los viajeros volvieron hacia ellos los rostros, casi alarmados por la voz de Harry. Éste guardó silencio. No volvieron a hablar más hasta que el coche se detuvo en una pequeña plaza de donde partían caminos hacia varios grupos de fincas aislados entre sí.

Mistress Stella era una mujer de baja estatura, gruesa, que les acogió con grandes muestras de afecto. Debía de tener unos cincuenta y cinco años. Había pedido varias veces a Margaret que viniese a su casa a descansar un par de semanas. «Pat» le causó muy buena impresión.

—¿Y éste es el chico que estuvo encerrado en el correccional de Harwood? Yo no hubiese tenido corazón para enviarle allí. ¡Si despierta bondad por los ojos!

Harry se limitó a corresponder con una sonrisa que denotaba pesadumbre.

Mistress Stella les destinó dos habitaciones contiguas, cuyas ventanas tenían vistas sobre el Hudson.

Les preparó una cena fría, a base de embutidos, pollo y leche que tenía guardada en la nevera. Cenaron sin apetito y casi sin mirarse. Ambos presentían lo ilógico, lo tremendamente anormal de aquella situación. *Mistress* Stella hablaba de continuo a Harry, llamándole afectuosamente, «mi querido Pat»; él se limitaba a contestar con breves frases, procurando mostrarse cortés.

Al fin, quedaron solos. *Mistress* Stella había salido al jardín para ver hasta qué punto la reciente nevada había lastimado sus cuadros

de flores. Margaret tomó asiento junto a la chimenea encendida; las luces estaban apagadas y las llamas, al oscilar ante su rostro, le daban una expresión de extrema gravedad, como si en vez de ser una muchacha fuese una mujer de treinta y cinco años. Pero así parecía más hermosa. Harry se sentó frente a ella, contemplándola con interés.

—¿Por qué me has traído aquí, Margaret?

Ella clavó en el joven sus profundos ojos, a los que las llamas del hogar arrancaban brillantes destellos.

—Yo te quiero, Harry.

Tuvo la amarga sensación de que al pronunciar «Harry» había hablado a un nombre vacío.

Él la miró con una intensa expresión, sin atreverse a responder: Margaret lo hizo por él.

—No sé quién eres. Apenas me has hablado de ti. Nunca me has dicho lo que hay en tu corazón, lo que hay en tu cerebro. Pero, desde el momento en que nos conocimos, siempre te has portado conmigo mejor de como nadie había hecho hasta ahora. No han hablado tus palabras, pero lo han hecho tus dedos al acariciarme, y tus labios, que me han besado. Cuando, desesperadamente, pensé en traerte aquí, Harry, es porque pensé que me amabas o que, al menos, me habías amado.

Escondió sus manos, que estaban cerca de las llamas, para que él no notase los movimientos nerviosos que estremecían sus dedos. Harry había bajado la cabeza. No miraba a ninguna parte; ni a ella. Sus ojos brillaban extrañamente a la luz de la pequeña hoguera. Con voz ronca, contestó:

—Sí, Margaret, te amo. Te amo desesperadamente.

Había tal sinceridad en esas breves palabras, que Margaret advirtió cómo un estremecimiento de emoción la recorría por completo.

Callaron durante unos minutos. No se escuchaba un solo ruido en toda la casa. La magnífica serenidad de la noche parecía llenar la habitación. No se miraban, como si temiesen que el encuentro de sus ojos dijera demasiadas cosas. Al fin, Margaret, susurró:

—Quiero que permanezcas quince días aquí, Harry, tú y yo solos. Pero ese tiempo no es suficiente para lograr tu salvación. ¡Quince días! Enseguida, Nueva York otra vez. Y volveríamos a

separarnos.

Harry continuaba silencioso, mirando a un punto imprecisable, como si temiese esa luz de los ojos de Margaret. El silencio dio ánimos a la muchacha; conteniendo la respiración, dijo:

—Harry, cástate conmigo.

También había en su voz una profunda sinceridad, una entrega tan total en esta demanda musitada a flor de labios, que Harry se estremeció, mirándola de repente. Tuvo que levantarse, como empujado por una fuerza poderosa. Dio un paso y sus brazos se tendieron hacia ella; las llamas arrancaban a sus ojos extraños reflejos, que eran a la vez rojizos y grises, cariñosos y siniestros. No era posible decir si aguardaba el bien o el mal tras aquella mirada intensa; pero sí, que tras ella vivía una gran fuerza. Margaret fue a levantarse también, fue a tenderle los brazos en una entrega silenciosa y muda, clavando sus ojos en los de él, buscando en el abrazo una seguridad para esta extraña ruta a que la había conducido su destino.

En aquel momento, entró *mistress* Stella.

—¿Todavía levantados, hijos míos? Yo creí que habíais venido a descansar. Tú, Pat, lleva a tu hermana a su habitación. Mañana os levantaréis temprano para ir a pescar al río; va a hacer muy buen tiempo. ¡Vamos, Pat, deja de mirarla y hazme caso!

—Perdón. Ahora mismo nos retiramos.

La escalerilla de madera que ascendía al piso superior estaba oscura. Harry enlazó a Margaret por los hombros cuando subían, besándola en silencio. Diecisiete escalones. Sus labios unidos fuertemente como en un adiós, como si al final de aquellos peldaños estuviese la desunión absoluta de sus vidas. Sólo diecisiete escalones. Al final, en el rellano, hay una luz, Harry la mira. Se adivina que quiere preguntarle algo, que está a punto de surgir de sus labios una inquieta interrogación. Pero ella no le contestará esta noche. Se aprieta contra él y deja que su cabeza repose en el pecho del hombre; deja que las manos de Harry acaricien sus cabellos. Así, sin hablar, están varios minutos. De repente, oyen crujir los escalones; *mistress* Stella sube. No puede hallarles así, cree que son hermanastros. Margaret susurra:

—Adiós, Harry. Adiós.

—Hasta mañana, Margaret.

Hace ahora una magnífica noche. El aire es cálida y Margaret, una vez en su habitación, abre la ventana: millares de estrellas la saludan con su guiño. La cierra, se tiende en el lecho y una especie de sopor la va invadiendo lentamente, hasta dejarla dormida.

Despierta al amanecer, y su primera mirada es para la puerta que comunica con la habitación de Harry; un rayo de luz se filtra por debajo de ella. Escucha, al otro lado del tabique, los pasos nerviosos del hombre. Tiene la sensación de que ha estado escuchándolos durante toda la noche, mientras dormía. Hay algo insólito en esas pisadas de Harry: son casi matemáticas, como sujetas a un ritmo. A veces se detiene junto a la puerta y allí casi diría que puede oír su respiración. Cada vez que él queda parado frente a la hoja de madera, Margaret sufre un sobresalto. Harry debe de estar mirando la puerta, debe de estar tocándola con sus manos de asesino, las que mataron a Stephen.

Margaret quisiera llorar ahora; ojalá las lágrimas pudieran ahogar su pena. Poco a poco, procurando no hacer ruido, se viste y toma asiento en una butaca frente a la puerta. Dos veces ve girar el pomo, muy lentamente, como si Harry quisiera entrar sin despertarla. Pero la puerta se halla cerrada con llave. Los ojos de Margaret están vidriosos mientras contempla ese lentísimo giro del pomo. Quién sabe lo que pasará ahora por el cerebro de Harry, quién sabe qué siniestros destinos llenarán sus ojos. ¿Cómo mirará ahora, cómo la miraría si pudiese abrir la puerta y entrar en la habitación? ¿Con los mismos ojos horribles con que debió de mirar a Stephen antes de asesinarle?

Tales pensamientos cruzan como una vorágine por el cerebro de Margaret, dejándola aturdida. Se levanta de la butaca y abre la ventana; una gran serenidad descansa sobre los campos. Parece imposible que allí, a unos metros de ella, pueda hallarse un hombre que, olvidado de su propia personalidad, está tal vez meditando oscuros designios de crimen. Se aparta de la ventana, porque si Harry se asomase podría verla. De puntillas, se encamina al cuarto de baño y termina de asearse. Irá a Nueva York; irá a la pensión de Harry para que le informen de cómo vivía. Debió habérsele ocurrido antes. También tiene que ir a ayudar a Paola; casi había olvidado que se lo prometió hace tiempo.

Mistress Stella todavía no se ha levantado. Margaret deja una

nota indicando que regresará antes de la noche y sale al jardín, a tiempo de ver, a lo lejos, cómo se acerca el ómnibus. Minutos más tarde está en la estación de Winsbury, esperando el tren que ha de conducirla a Nueva York.

No logra apartar de sus ojos esa imagen del pomo girando lentamente, ni de sus oídos ese compás sordo de las pisadas de Harry. Tal vez ha escapado de un gran peligro. ¡Si hubiesen ido solos a pescar al Hudson! Las aguas del río ocultan bancos de lodo, un cadáver podría quedar para siempre allí, sin ser descubierto. ¡Qué horrible es tener que pensar todo esto de Harry, el hombre a quien ella desea salvar! Llega a Nueva York casi sin advertirlo. Camina ensimismada por las calles. Hoy Margaret parece una de esas muchachas cuyas fotografías publican diariamente los periódicos diciendo que, a causa de su distracción, han sido atropelladas por un automóvil en cualquier esquina de Manhattan.

CAPÍTULO XI

UN SIMPLE VIOLIN

—Buenos días, Margaret. No te esperaba hoy. ¿Dónde has estado?

La muchacha se hallaba frente a Paola, quien la miraba sonriendo cariñosamente.

—He pasado varios días enferma, pero ya estoy bien del todo. Quisiera ayudarte, como te prometí.

—Te encuentro muy pálida, Margaret.

—Tal vez esté todavía un poco débil, pero no tiene importancia. ¿Continúas pensando en volver a Europa?

—Ya tengo mi documentación en regla y el pasaje reservado. Sólo me falta dejar en orden el laboratorio de Bruce; si marchara dejándolo todo así, me parecería que faltó a un importante deber.

Caminaron por el pasillo de las puertas con diminutas ventanillas enrejadas. Ahora todas esas puertas estaban abiertas y dejaban ver una especie de celda pequeña y blanca. Solamente una de ellas estaba amueblada con una mesa, dos butacas y varios grandes ficheros destinados a archivo.

—Prefiero tenerlas así, abiertas. De otro modo, creería siempre que el rostro de alguien está detrás de los barrotes, escuchando pasos —explicó Paola.

El laboratorio causó a Margaret una sensación deprimente, aunque hizo esfuerzos para mantenerse tranquila. No había entrado allí desde que descubrió el cadáver de Stephen. Sobre la mesa, colocados en orden, había centenares de papeles y fichas. Paola le señaló los grandes ficheros que existían bajo los armarios.

—¿Has trabajado alguna vez en un archivo?

—Sí, en la oficina de Harriman.

—Entonces, te será muy fácil. Cada una de estas fichas tiene una letra y un número. Hay tantos cajones como letras del alfabeto; dentro de ellos, cada papel debe guardar su orden de número. Se trata simplemente de colocarlo todo en los ficheros. Pero no quiero que me ayudes, Margaret, si no te encuentras bien.

—Por favor, Paola, no pienses en eso.

Silenciosamente, se puso a trabajar. Estaba animada por el sincero deseo de ayudar a Paola en todo lo posible. Su tarea era fácil y apenas necesitaba emplear medio minuto en la colocación de cada ficha. Bruce Steinback había poseído una letra redonda y clara, muy agradable y fácil de leer. Este paciente y tranquilo trabajo calmó los nervios de Margaret, quien apenas tenía que cambiar con su amiga alguna que otra palabra. Paola, después de un buen rato, salió al jardín; allí existía un pequeño departamento con más de trescientos tubos de ensayo que habían servido para el cultivo de microbios. Allí, Bruce mantuvo siempre guardado un diario con sus observaciones, que ahora convenía archivar. Margaret, pues, continuó trabajando sola.

Apenas se dio cuenta de que Paola había salido del laboratorio.

Debían de ser las once cuando ocurrió aquel misterioso suceso que tuvo la virtud de conmover los nervios de Margaret. Situada junto a una de las grandes ventanas, aprovechando la luz, trabajaba silenciosamente. De improviso, algo vibró en sus oídos.

Era el violín, el violín de Paola Fulci.

Pero ahora no surgían de él los sonidos chirriantes y quejumbrosos de siempre. Era como si en estos momentos el viejo violín hubiese sido puesto en unas manos prodigiosas. Una sugestiva música nacía de él, una música de acordes, cargada de una armonía suave que la hacía estremecedora y penetrante. Era el oculto corazón del violín el que hablaba ahora desde el fondo de su caja.

La música llenaba la casa. Margaret quedó suspensa, como si creyese advertir en aquellos sonidos una extraña significación.

No era Paola la que tocaba; jamás hubiese sabido hacerlo de este modo.

Como hipnotizada, Margaret salió al pasillo. La voz del violín resonaba en las celdas blancas, todas vacías. Resonaba en la gran

biblioteca solitaria. El violín tenía una voz muerta y cóncava, que hacía estremecer a Margaret.

De repente, cesó la música. Se hizo un silencio angustioso y obsesionante, como si dentro de la casa se hubiesen estancado el aire y el tiempo.

Margaret se detuvo. Estaba ante el pequeño guardarropa donde se ocultó la noche en que fue asesinado Stephen y donde permaneció varios minutos encerrada en compañía de un hombre que, seguramente, era el asesino. Al verlo, tuvo un estremecimiento.

Oyó cómo alguien abría una puerta a su espalda. Era Paola, que regresaba del jardín. Al verla tan pálida y absorta hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué te ocurre, Margaret?

—¡Oh, nada! Miraba estas habitaciones. ¡Todo tiene un aspecto tan desolado!

En los ojos de Paola se marcó una luz nostálgica.

—Todo; tienes razón. Quizá me falte valor para dejar esta casa. Está llena de recuerdos hasta en sus rincones más sencillos. Aquí, en este guardarropa, solía Bruce hacer unas señales para ver si yo crecía en estatura; en la pared derecha puedes verlas aún. Siempre decía, en broma, que tomando unas píldoras que había inventado, sería tan alta como él. Bruce tenía justamente la altura del departamento. Al entrar y salir rozaba su cabeza con el techo.

Margaret casi no había prestado atención a las primeras frases de Paola; pero al oír sus últimas palabras, sintió cómo una fuerza misteriosa la recorría de parte a parte.

—¿Rozaba su cabeza con el techo?

—Sí, eso he dicho.

—¿Y, además, Bruce tocaba muy bien el violín?

—Era un maestro. ¿Por qué?

Los hermosos ojos de Margaret giraban dentro de sus órbitas. Parecía estar a punto de desmayarse. Un vendaval de pensamientos galopaba en su cerebro. Aquella noche trágica, el hombre con quien inesperadamente se había encerrado, rozó su cabeza con el techo del departamento. Era, pues, Bruce Steinback. El muerto. El muerto había acariciado sus cabellos, su frente. La había besado en la boca.

Margaret sintió que todo esto hacía vacilar sus fuerzas. Tuvo que apoyar ambas manos en los hombros de Paola. Mirándola con ojos

de visionaria, pronunció una frase tremenda:

—¡Paola! ¡Bruce Steinback vive!

CAPÍTULO XII

LO INESPERADO

Paola hundió los hombros y cerró los ojos. Pareció como si aquella noticia insólita la dejase hundida, aplastada. Pero, al abrirlos, Margaret vio que algo había cambiado en ellos; ahora sus ojos eran brillantes, duros. Parecían peligrosos.

—Tú estás loca, Margaret —oyó como le decías. Y la voz de Paola parecía sonar a muchas yardas de distancia. De repente, se había vuelto ronca, espesa.

—¿Es que no me crees, Paola?

—Creo, sencillamente, que estás soñando.

A Margaret, no le pasó desapercibido el profundo cambio que había tenido lugar en su amiga. Ahora parecía recelosa, alerta y con todos los nervios en tensión. No era la misma de unos minutos antes.

Fue entonces cuando las dos oyeron unos pasos en el adjunto corredor. Los pasos, metódicos y lentos, se aproximaban a la puerta. Margaret se encogió. Supo que alguien iba a entrar, y aquel alguien no podía ser sino Bruce Steinback, el hombre de quien no había visto la cara, el extraño ser a quien habían dado por muerto. Algo atenazó su garganta, y vio que las facciones de Paola se tensaban, quedaban rígidas. La puerta se abrió poco a poco, lentamente, como aquella noche. Una sombra masculina fue recortándose en el umbral. Y cuando Margaret iba a lanzar un grito, la puerta se abrió por completo, para poner al descubierto la figura de su hermanastro Pat

O'Carey.

Éste también pareció sorprendido al ver allí a la muchacha. Incluso hizo un instintivo gesto de retroceso; pero inmediatamente, reponiéndose, avanzó hacia las dos mujeres.

—¿Qué haces aquí, Margaret?

—Eso debía preguntarte yo, Pat. ¿Qué es lo que tienes tú que ver con los habitantes de esta casa?

Paola hizo un gesto amplio con los brazos, como queriendo cortar la serie de preguntas que se avecinaba.

—Pat es amigo mío. Me ha visitado más de una vez. ¿Por qué te sorprende?

—Porque hace poco tiempo qué está en Nueva York. No ha tenido tiempo, prácticamente, de hacer amistad con nadie.

Margaret había advertido en aquella situación algo que no era normal, algo que no le gustaba. Y le bastó para convencerse de ello, captar la especial mirada de inteligencia que se cruzó entre Pat y la hermosa Paola Fulci.

Abrió su bolso lentamente, y con una calma que la admiró a sí misma, extrajo la «Germán Luger» de Pat.

—Hace poco asesinaron a Stephen en esta casa —dijo—. La bala que le extrajeron había sido disparada por una pistola como ésta. ¿La reconoces, Pat?

En la voz de la muchacha no había acusación. Había tan sólo asombro y dolor al constatar aquella cadena de hechos. Pero Pat debió de creer otra cosa; arrojándose sobre ella, le retorció la muñeca brutalmente, hasta que la pistola cayó al suelo.

—¿Qué te has creído, estúpida?

Paola rió. Rió de un modo nervioso, emitiendo sonidos desagradables y secos.

—¿Pat, fuiste tú quién...?

—¡Calla!

Poniendo la mano derecha sobre su rostro, la empujó hacia atrás. Margaret cayó sobre una de las butacas, golpeándose en la nuca; sus ojos estaban dilatados por el asombro.

—¡Pat!

Paola se acercó a ella y le cruzó el rostro de una seca bofetada.

—¡Han terminado las comedias y las estupideces, Margaret!

Sin comprender nada de aquello, dominada por el más terrible asombro, la muchacha trató de levantarse. Pero la mano de Paola

volvió a caer de nuevo sobre su rostro.

—¡Basta, Paola!

—¿Basta? ¿Acaso querrás que por esta estúpida se venga abajo todo el plan?

Pat sonrió débilmente. Sin mirar a las dos mujeres, comprobó qué la «Germán Luger» estaba cargada. Luego la sopesó en sus dedos.

—Paola Fulci, date presa, en nombre de la ley, por robo de secretos militares y por el asesinato de Stephen Claydon.

* * *

Una indecible sorpresa se marcó en el rostro de la mujer. Pero la reacción que siguió a esto no fue el anonadamiento ni el dolor, sino el odio. Sus largos dedos se engarfiaron en el aire, y todos sus músculos parecieron sufrir una sacudida.

—¿La ley? ¿En nombre de qué ley? —dijo con calma.

—Soy un agente del

C. I. A.

Mis conocimientos entre la gente del hampa no eran más que una pantalla para disfrazar mi auténtico trabajo. Ni mi padre ni mi hermanastra, Margaret, llegaron a sospecharlo nunca. Últimamente estuve actuando en Asia, y fui comisionado para proteger a Bruce Steinback sin que éste lo supiese. Pero mi avión sufrió un retraso y llegué tarde. Bruce había muerto ya.

—¡Bruce no ha muerto! —exclamó Margaret, dominada por una idea fija. Pat no hizo caso de su interrupción.

—Siempre pensé que alguien le había robado. Investigué entre sus amigos y todos me recibieron con un absoluto mutismo. Fue entonces cuando comencé a adivinar que Bruce Steinback estaba vivo y que el cadáver carbonizado que habían hallado en la casa pertenecía a otra persona. Bruce Steinback había visitado ya a todos aquellos hombres, haciéndoles preguntas sobre el robo de la fórmula que se le había confiado. Y ellos no querían decirme nada para no comprometerle. Entonces acudí a ti, Paola. Me fingí un vulgar comprador de secretos, un enlace con organizaciones poderosas que te pagarían bien. Pensé que picarías el anzuelo, si es que eras tú quien los había robado. Pero no lo hiciste. Para

infundirte confianza te dejé mi pistola; te dije que necesitabas defenderte; es un recurso que he empleado con frecuencia cuando he querido ganarme la confianza de alguien, Tú tenías un arma, pero no quisiste confesarlo, y aceptaste la mía jugando el papel de paloma candorosa. Aquello trajo insospechadas consecuencias; Stephen fue asesinado en la casa con una bala de «Luger». Supuse enseguida que él descubrió tu secreto y tuviste que matarle. Una vez iniciada la carrera, no estabas dispuesta a vacilar ante nada. Te favoreció el que luego Margaret declarase que había escuchado pisadas de hombre en el corredor, y que incluso había visto su silueta. Fingí estar asustado y pedí que me devolvieses mi revólver. Como suponía, el tuyo era igual, idéntico. Tuve la suerte de que los confundieses, *dándome el que habías empleado para matar*, a causa, seguramente, de que las dos armas tienen raspado el número. Comprendí que estabas en mis manos, hice comparar las ranuras de la bala extraída a Stephen con las del cañón del arma, y comprobé que coincidían. Determiné pasar el asunto a la jurisdicción normal para que te detuvieran. Pero aquella mañana desapareció el arma de mi despacho. ¡Me volví loco buscándola, pues sin ella, como prueba, todos los tribunales te hubieran absuelto! ¡Y al fin la tenías tú, Margaret! ¡Sin saberlo has estado protegiendo a un asesino! ¡De haberla destruido, este crimen no hubiese sido probado nunca!

La muchacha lanzó una especie de gemido. Todo se encadenaba lógicamente en su cerebro, pero con una lógica tan dolorosa que la hacía temblar. Era demasiado horrible pensar aquello de Paola. Demasiado siniestro y, sin embargo...

La voz de Paola sonaba ronca, violenta.

—Sí, hice eso, Pat

O'Carey.

Lo hice para hundir a Bruce, que me consideraba como una simple compañera, a la que no consideraba necesario amar. ¡Y estaba harta de ser pobre para nada! La noche de su llegada a Nueva York, cuando él se durmió, le golpeé varias veces con la culata, hasta cerciorarme de que no recobraría el sentido en mucho tiempo. Y luego le registré. Registré sus ropas hasta encontrar lo que buscaba. Pero no he sido tan estúpida, Pat. No sólo me he fiado de ti. También entré en contacto con otros hombres que sí están dispuestos verdaderamente a comprar mi mercancía. Otros

hombres... que tienes a tu espalda, estúpido Pat O'Carey.

Pat se volvió, pues algo le dijo que la mujer no bromeaba. Pero no llegó a tiempo. Alguien estaba ya tras él, y le golpeó dos veces la cabeza con una culata. Pat cayó.

Margaret no dejó de comprender que aquélla era su oportunidad. Si no salía de allí ahora, tal vez no saldría nunca. Desesperadamente, se lanzó hacia la puerta más cercana. Eran dos los hombres que habían entrado en la habitación; uno de ellos trató de sujetarla por la cabellera.

—¡No la dejéis escapar!

Era la voz de Paola.

Margaret logró abrir y salió. Pero su perseguidor la hubiese alcanzado a no haber mediado algo verdaderamente imprevisto: tan imprevisto como que el brazo de un hombre surgiese, al parecer, de la nada, golpeando al perseguidor de Margaret. Éste vaciló.

La muchacha vio la espalda del hombre que la había salvado. Era cuadrada, ancha. Se estremeció. El tipo que la perseguía debía de tener unos treinta años; era corpulento como un oso. Pero Margaret vio su rostro saltar hacia atrás, hacia un costado, hacia otro, vio sus ojos dilatados por el asombro y sus labios partidos por los terribles impactos. Vio sus dientes, que se habían vuelto rojos. Escuchó su alarido al saltar entera una de sus cejas.

El hombre cayó. Pesadamente, como un oso herido se vino al suelo. Entonces, el salvador de Margaret, a quien ésta seguía viendo de espaldas, se inclinó para desarmar a su enemigo, que no había podido emplear la pistola. Luego, se volvió poco a poco. Margaret sintió que los músculos de su garganta iban quedando rígidos. Aquel hombre era Harry Lester.

Él, sin palabras, tendió una mano y le acarició suavemente la barbilla. Margaret se encogió contra la pared.

—Tendrás que acostumbrarte a llamarme Bruce —susurró el hombre—. Tal vez ahora comprenderás por qué me alejé aquella noche de la «Clemency»: de ella acababa de salir el doctor Berkel, padre de uno de mis mejores amigos. Y, aunque él me había visto ya después de mi «muerte», prestándome incluso dinero y un traje, no quería correr el riesgo de que su padre me viese, dando tal vez la noticia a la policía. Quizá ahora comprenderás por qué llevaba el

alfiler de corbata de Stephen: aquella noche yo entré en la casa, como otras veces, para registrar. Oí el disparo, penetré en el laboratorio y vi a Stephen muerto. Incapaz de dominar mi dolor, embargado por no sé qué extraña emoción, me llevé aquello. Sabía que tal vez no le vería más, antes de darle sepultura. Comprenderás también por qué me procuré medios a fin de entrar en la oficina de Harriman y seguir tus pasos, haciendo el inventario, tú podías encontrar la fórmula y el tubo que me fueron robados, si es que aún estaban dentro de la casa. Supongo que ahora quedará aclarada mi extraña vida, forzada por la necesidad de investigar y de que no me reconociesen. Pero éste, Margaret, no es momento de explicaciones.

Apartando suavemente a la muchacha, puso una mano sobre la puerta. Sabía que su enemigo estaría allí, aguardando. Sabía que era mi miembro de un *gang* especializado en el tráfico de secretes, y que sus dedos y su cerebro serían muy ágiles; lo bastante para enviarle al otro mundo al menor fallo.

—Sal de aquí, Margaret.

Su voz era suave, no parecía emitir una orden.

La muchacha se retiró un paso cuando Bruce saltaba sobre la puerta. Dos detonaciones sonaron simultáneamente. Ninguna de las balas alcanzó su objetivo. Bruce, de rodillas, disparó otra vez, y su enemigo, un hombre grueso, moreno, con tipo de siciliano, se vino al suelo llevándose ambas manos al pecho.

—¡Paola!

La mujer corría escaleras arriba. En la voz de Bruce no hubo amenaza, más bien perplejidad y dolor.

—¡Detente, Paola! ¡Tú situación se agravará si huyes!

Ella se encerró en una habitación del piso superior. Bruce corrió escaleras arriba, pero se detuvo, de repente, comprendiendo lo que iba a suceder. Pálido, demudado, se volvió hacia Margaret, que estaba en el umbral.

—¡Retira de ahí a Pat! ¡Pronto!

O'Carey

se desperezaba en aquel momento, igual que si volviese en sí después de un pacífico sueño. Aunque tenía cubierta de sangre la parte posterior del cuello, sus ojos eran risueños.

—Se acabó el disimulo, Margaret. Siento haber tenido que fingir tanto tiempo costumbres de granuja. Y en cuanto a ti, Bruce, ¿por

qué me atizaste tan fuerte en la tienda? ¿Querías cerrarme la boca antes de que te reconociera en voz alta, no?

Pareció fijarse de improviso en las facciones desencajadas del joven.

—¡Pronto! ¡Fuera de aquí!

Chilló, dando la sensación de que una mano arañaba su garganta:

—¡No hagas eso, Paola! ¡No seas loca! ¡No sabes lo que tienes entre manos!

—¡Quedará tiempo para salvarme!

La voz de la mujer sonaba lejana, débil.

Margaret y Pat corrían hacia la puerta cuando Bruce percibió los primeros síntomas, entre ellos un suave olor a fruta descompuesta. Velozmente, con los dientes apretados, se lanzó contra una de las ventanas. Los cristales arañaron su rostro y sus manos. Sintió que se le nublaba la vista, y sólo recobró el pleno sentido de sus actos al chocar contra el asfalto.

Margaret y Pat corrieron hacia él.

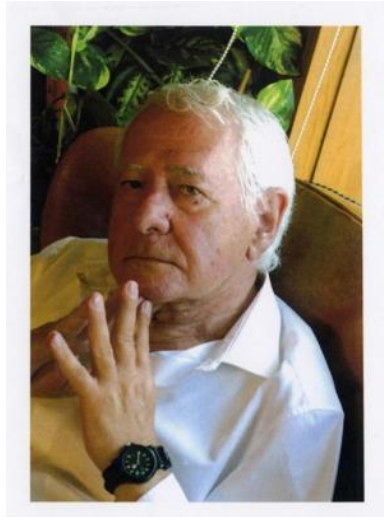
—¡Pronto! ¡Avisad a aquel policía! ¡Hay que acordonar la calle!

El agente se acercaba, ya, llevando ostentosamente la mano sobre la funda pistolera. Bruce corrió hacia él.

—Durante varios minutos habrá peligro de muerte en esta calle. ¡Detenga el tránsito! ¡Pronto!

Bruce tomó de un brazo a Margaret y la llevó a la otra acera. Esperó ansiosamente que saliese Paola, pero nada se movió en la casa, silenciosa como nunca. Las facciones de Bruce sufrieron una dolorosa crispación; sus compañeros de armas siempre habían dicho que él era como un niño. Pensó en el gas expandiéndose por el laboratorio, la biblioteca, las celdas de los locos, y el dolor arañó su garganta. Se recobró al ver que Margaret llevaba una de sus manos a los labios. Y entonces pensó en la vieja casa, la extraña y solitaria casa del silencio, y pensó en la nueva vida que le aguardaba, lejos de allí..., junto a una muchacha que había tenido fe.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927 al 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en

La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.